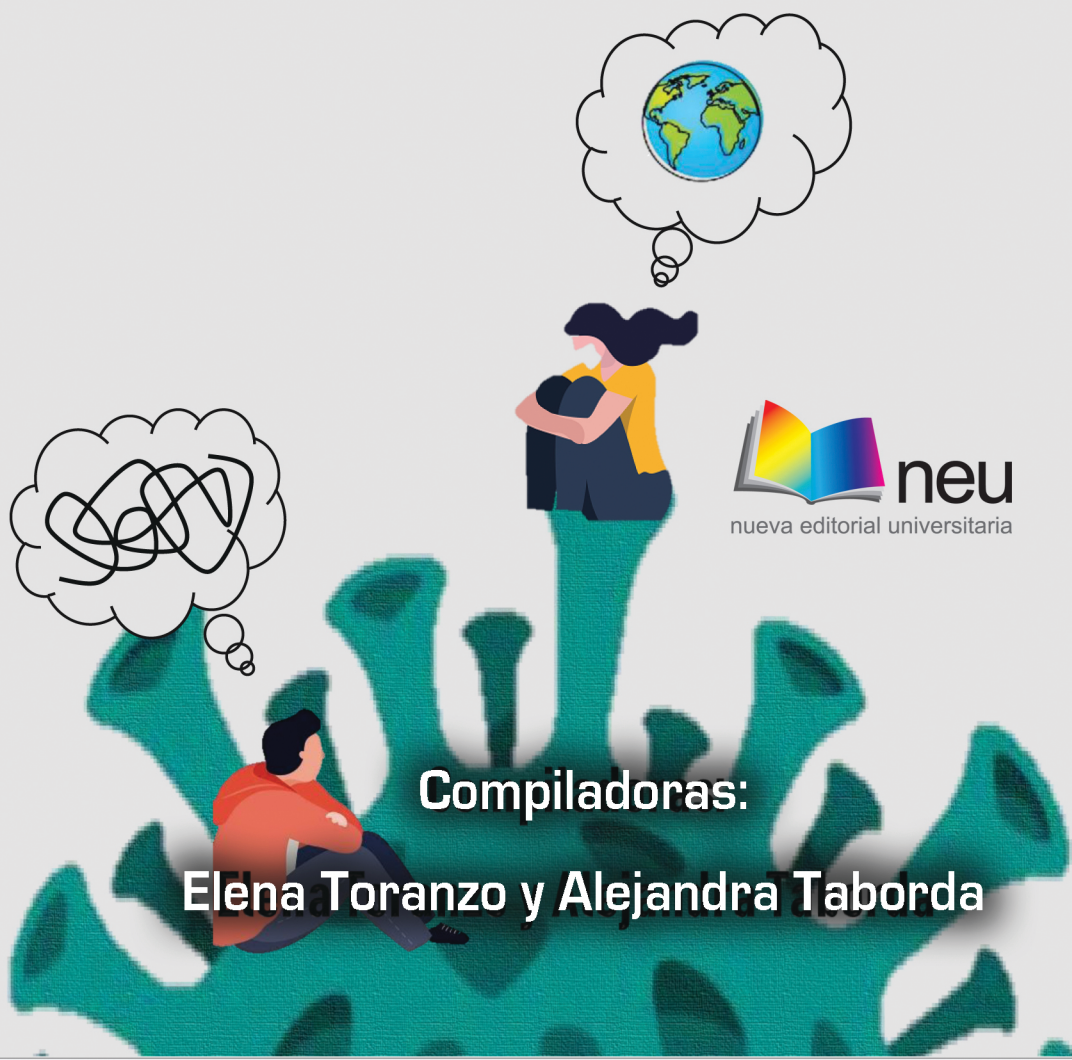


ESTA PANDEMIA. AQUEL MUNDO.

INFANCIAS Y ADOLESCENCIAS EN TRANSITO

Juan Carlos Volnovich



Compiladoras:

Elena Toranzo y Alejandra Taborda

ESTA PANDEMIA. AQUEL MUNDO.
Infancias y adolescencias en tránsito

Universidad Nacional de San Luis

Rector: CPN Víctor A. Moriño

Vicerrector: Mg. Héctor Flores

Subsecretaria General de la UNSL

Lic. Jaquelina Nanclares

Nueva Editorial Universitaria

Avda. Ejército de los Andes 950

Tel. (+54) 0266-4424027 Int. 5197 / 5110

www.neu.unsl.edu.ar

E mail: neu@unsl.edu.ar

Prohibida la reproducción total o parcial de este material sin permiso expreso de NEU



RED DE EDITORIALES
DE UNIVERSIDADES
NACIONALES



neu
nueva editorial universitaria



Universidad
Nacional de
San Luis

ESTA PANDEMIA. AQUEL MUNDO.
Infancias y adolescencias en tránsito

AUTOR

Juan Carlos Volnovich

COMPILADORAS

Elena Toranzo y Alejandra Taborda

Esta pandemia, aquel mundo: infancias y adolescencias en tránsito / Juan Carlos Volnovich; compilado por Alejandra Taborda; Elena Toranzo - 1a ed. - San Luis: Nueva Editorial Universitaria - UNSL, 2021. Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-733-272-8

1. Derechos Humanos. 2. Inclusión Social. I. Taborda, Alejandra, comp. II. Toranzo, Elena, comp. III. Título.
CDD 303.49

Nueva Editorial Universitaria

Directora:

Lic. Jaquelina Nanclares

Director Administrativo

Sr. Omar Quinteros

Administración

Esp. Daniel Becerra

Dpto de Imprenta:

Sr. Sandro Gil

Dpto. de Diseño:

Tec. Enrique Silvage

Diseño de Tapa:

Paula Velasco

1^{ra} Edición: Junio de 2021

ISBN 978-987-733-272-8

© 2021 Nueva Editorial Universitaria

Avda. Ejército de los Andes 950 - 5700 San Luis

ÍNDICE

Prólogo	9
Capítulo1. Presente continuo	11
Capítulo 2. Los que viven en el margen de la sociedad civil	23
Capítulo 3. Escuelas a la intemperie	39
Capítulo 4. Problemas e Intervenciones en la Clínica y en las Aulas. Nuevas Tecnologías ¿Nuevas Patologías?	47
Capítulo 5. ¿Qué lugar ocupan los videojuegos en el psicoanálisis con niños?	61
Capítulo 6. Colgados y conectados	75
Capítulo 7. Jóvenes cultos: celular, monitor, teclado y mouse	93
Bibliografía	97

Prólogo

A riesgo de quedarnos muy cortas, fuera de línea y de lugar escribimos este prólogo a un libro emergente de la relación con el Dr. Juan Carlos Volnovich, con motivo de su designación de Doctor Honoris Causa en la Universidad Nacional de San Luis. Prestigioso evento que confluyó con el acto inaugural de la segunda corte de la carrera de Especialización “Intervenciones Psicológicas para la Salud Mental en Niñez y Adolescencia desde la Perspectiva Psicoanalítica Pluridisciplinar” de la Facultad de Psicología.

En el marco de un fructífero encuentro, este libro surge como un regalo del Dr. Volnovich que alimenta nuestro espíritu y práctica como docentes e investigadores psicoanalistas ofreciendo sostén a deconstrucciones y reconstrucciones teóricas contextual e históricamente situadas.

El autor, en sus escritos, derrama con generosidad datos históricos de diferentes épocas, en pos de analizar con dolorosa belleza y elocuente ingenio creativo, diversas experiencias de vida, inmersas en complejos y desbastadores entramados capitalistas.

Con su agudeza, logra embarcarnos en un viaje por diferentes envolturas temporo espaciales con sus concomitantes abanicos de relacionalidad, discontinuidades y rupturas. Hoy el pasado apenas se vislumbra con tenues y alternantes prueba de su existencia, que al conjugarse con un futuro en suspenso se delinean potenciales experiencias traumáticas colectivas. Inmersos en temporalidades

desquiciadas trazadas por la pandemia, los idiomas de la exclusión se amplifican exponencialmente y requieren volver a mirar cada rincón de los marcos conceptuales precedentes. Entre solvencia y encanto metafórico el autor sintetiza en una frase el mencionado requerimiento *“me dormí en un mundo y me desperté en otro”*.

En este viaje, entre rescate del pasado y vicisitudes presentes, se visibiliza la dureza a la que están sometidos quienes transitan la existencia al margen de la sociedad civil para despertar nuestra atención sobre -la arrogancia, desconocimiento o ideologización - de todos aquellos conceptos que se utilizan ante el desmadre de situaciones crueles de nuestra sociedad. Toda una invitación para luchar contra el quedar atrapados allí y continuar el camino de la comprensión, al menos de algunas de sus aristas. Caminos que convocan a interrelaciones que se bosquejan entre lo que se hace palpable y lo que aún permanece oculto, desconocido.

En coherencia, nos lleva a incursionar en la escuela pública, para recordarnos su protagonismo central en armonizar la diversidad en el difícil camino de la justicia social, tan acotada ahora y antes. Una institución educativa que ponía, por encima el amor a la Patria y, junto a la Patria, el sistema aportaba a los visos de permanencia y estabilidad de lo instituido. En lo manifiesto habitaban discursos que proponían los sueños de subordinarse al valor de la amistad, el compañerismo, el esfuerzo como antesala del culto al trabajo. En conjunción con la sinceridad, el respeto a la experiencia, el hacer lo que estaba bien y renunciar a lo que estaba mal, defender lo que era justo y ser consecuente con los principios sostenidos. Ese guardapolvo blanco que mantenía la ilusión de propiciar igualdad y a su vez, identidades definidas y reconocidas emplazadas en un lugar digno en el mundo, a veces a costa de no escuchar los murmullos de sus

trastiendas. Una escuela que sufrió los embates de la post-modernidad, post verdad, y que trata de mantenerse en pie como un faro en la oscuridad.

En el mismo sentido, nos advierte sobre cómo las nuevas tecnologías han llegado para ahondar el abismo que separa a niños, niñas y adolescentes de los adultos. Desde allí interroga a la transmisión transgeneracional e invita a la búsqueda de sortear los mutuos desconciertos y desencuentros entre madres, padres, docentes, niños, niñas y jóvenes para crear modos transculturales que den lugar a nuevos intercambios. Más aún cuando la tecnología irrumpe en el seno del consultorio en el tratamiento de niños y niñas nos obliga a revisar la dinámica de los mundos transferenciales. Desde estos senderos, nos alienta a recorrer el ciberespacio como lugar de interacción. Espacio que, con sus peculiaridades y temporalidades, se instituye en un campo de juego, en el que avizoramos - como otrora en el sueño- nuevos significados.

El recorrido del autor abarca a los y las adolescentes para advertirnos de los operativos que insidiosamente pretenden instalar, en el imaginario social, a las adolescencias con vestiduras de violencia y peligrosidad, para encubrir las causas que los generan. La intención de bajar la edad de imputabilidad es una medida que deniega la inserción de las y los jóvenes en una temporalidad sin futuro en su marcada desafiliación trazada por la exclusión laboral y la falta de inscripción en formas estables de sociabilidad. Discursos que, con el respaldo de cómplices campañas difamatorias, en las que intervienen los medios de comunicación, retrotraen la posibilidad de ubicar a esos y esas adolescentes en el lugar de víctimas genuinas de la reconversión neoliberal de la economía.

La Escuela, la Universidad pública y el Psicoanálisis, en convivencia con las paradojas de la discriminación y

exclusión, tratan esforzadamente en constituirse en lugares de resistencia ante el dismantelamiento simbólico y el arrasamiento de la subjetividad.

El Doctor Juan Carlos Volnovich nos acompaña con sus aportes desde el Grupo Plataforma al que perteneció, allá en los años 70, sentando los pilares de la democratización del Psicoanálisis en Argentina. Paso a paso, a lo largo del tiempo, con coherencia epistemológica transdisciplinaria, construyó un enfoque psicoanalítico geopolíticamente situado, en el que pone en relación Derechos Humanos, promoción de movimientos inclusivos de las diversidades y despatologización de la vida cotidiana.

Este libro, es una nueva ocasión para apostar a la democratización -en esta oportunidad, la democratización de la educación- política que venimos desarrollando con el apoyo de la Nueva Editorial Universitaria.

En ese mismo sentido consideramos que el Psicoanálisis actual y su eje de *relacionalidad* nos implica en una diversidad de zonas, modos y modalidades -para usar un lenguaje conocido- en espacios hasta hace poco ignotos, cuyo núcleo es la apertura esencial a la alteridad. Psicoanálisis que ha dado muestras de ser capaz de recibir las experiencias extrañas de nosotros mismos y nuestros congéneres, a través de las fronteras de las diferencias raciales, étnicas y múltiples otras, incluso cuando erróneamente creemos que no estamos implicados.

En continuidad con sus conceptualizaciones, deseos e intenciones, esperamos que este libro digital, de libre acceso, se instale como un cielo abierto que acompañe con reflexiones, preguntas y criteriosos cuestionamientos el repensar la vulnerabilidad propia de la existencia humana.

Alejandra Taborda y Elena Toranzo
San Luis Argentina 2021

Capítulo 1

Presente continuo

Comenzaré afirmando, sin hesitar, que la Pandemia y el aislamiento han tenido dos consecuencias inmediatas y definitivas: al tiempo que se han encargado de desnudar el amplio grado de indefensión y vulnerabilidad de nuestra existencia, denuncian y descubren las características de un Sistema que, en nombre de maximizar el capital, ha ido destruyendo la naturaleza y ha precarizado hasta el límite las condiciones de vida y muerte de la humanidad.

Esta Pandemia. A veces tengo la impresión de haberme dormido en un mundo y haberme despertado en otro y desde éste, se me hace difícil recrear como era ese otro mundo en el que me sentía inmune y poderoso. Cómo era ese mundo en el que los cuerpos circulaban por lugares, por espacios desplegados en un tiempo cronológico. Cómo funcionaban el espacio y el tiempo en esa era pasada, tan próxima y, aún así, tan lejana.

Sin lugar a dudas que el espacio conservaba su lugar de privilegio en nuestra vida anterior. Éramos dueños -nos sentíamos dueños- de la calle, del espacio exterior. Los varones, tradicionalmente propietarios de la esfera pública empezábamos a reconocer –no sin cierta perplejidad- que las mujeres, tradicionalmente confinadas a la esfera doméstica, se apropiaban de la Plaza confirmando que ese era

un espacio significativo y que en la conquista de esos espacios públicos se dirimía la cuestión (Pero a eso me referiré, después).

Ahora quiero detenerme en las relaciones del espacio y del tiempo con el poder en ese mundo anterior.

En ese mundo pasado el poder se jugaba en el dominio del espacio. Las guerras, sin ir más lejos, no eran otra cosa que dispositivos llevados a cabo para conquistar espacios, espacios vitales. Fuimos testigos de cómo el Imperio se expandía en la superficie y ocupaba territorios. A mayor territorio conquistado, mayor poder. No obstante, la guerra ya había comenzado su mudanza del espacio, al tiempo. En cierto sentido la guerra moderna era ya la guerra del tiempo. Dominaba quién tenía el dominio del tiempo, no solo del espacio. Ganaba el más veloz en los transportes y en las comunicaciones. La rapidez en el ataque es la que decidía y definía el desenlace. Medios de transporte, velocidad de los medios de transporte; comunicaciones, la agilidad en las comunicaciones, habían sellado un pacto, una alianza estratégica para obtener la carta de triunfo. Aun sin saberlo estábamos transitando por un tiempo en el que la aceleración y la velocidad se habían disparado. Vivíamos en un mundo donde ya no se trataba de producir a toda velocidad, ya no se trataba de vivir a toda prisa, sino de destruir deprisa. Nuestra producción ya no se definía por la rápida instalación de mercancías en el mercado sino por el consumo y la velocidad para destruir y descartar productos. También, productos teóricos. Las teorías se renovaban constantemente y eran deglutidas y evacuadas a la velocidad del rayo. Si hay un rasgo que nos definía en esa época de reconversión neoliberal de la economía global que aún no ha terminado era el consumo y la celeridad de consumo, desde que los patrones de dilapidación y derroche medían nada más ni nada menos

que el nivel de inserción social. Eso quería decir que la exclusión social iba pareja a la exclusión del consumo.

El consumo se había convertido en la más convocante religión laica que tenía en los grandes shoppings a sus catedrales...digo religión, por la omnipresencia que tenía en la vida cotidiana de los seres humanos y su función como garante fundamental para la socialización desde que generaba la ilusión de neutralizar el peligro siempre presente de la exclusión, la marginación, el abandono y la muerte.

Casi sin darnos cuenta habíamos dejado de habitar el espacio; habíamos dejado de estacionarnos en territorios y lugares; éramos, ya, ciudadanos del tiempo: de un tiempo peligrosamente amenazado por la velocidad y la aceleración que acortaba las distancias. Insensiblemente, las distancias-tiempo habían reemplazado a las distancias-espacio. Lo que quiere decir que la geografía estaba a punto de ser sustituida por la cronometría. Cuando preguntaba a qué distancia estaba del centro de la ciudad, la respuesta que recibía era “a 20 minutos”. Y la carrera espacial, la conquista del espacio, había devenido en el eufemismo con el que se aludía a la conquista del tiempo.

La velocidad de las comunicaciones. Tengo muy presente una cita en la que hace muchos años ya Virilio nos alertaba: “La hipercomunicabilidad de los medios masivos es también, además de la inmediatez del poder de la información, la instantaneidad de la información del poder. La superconductibilidad de los diferentes medios, es también, además del poder de concentración, la concentración del poder.” (Virilio, 2000)

Es cierto que en ese mundo pasado el progreso, el desarrollo de la ciencia y de la técnica, habían logrado liberarnos de las restricciones

que la naturaleza nos imponía, pero ese logro se había dado a costa del arrasamiento de la naturaleza (como si esa naturaleza nos fuera ajena), además de haber reducido nuestra expansión a la nada. Habíamos consumado, casi, la reducción de las distancias. Con un *click* en nuestra computadora, entrábamos al Louvre. La ciencia y la técnica funcionaron, así como una verdadera fábrica de contracción de espacios. Como esas máquinas que comprimen autos viejos y los reducen a cuadraditos descartables.

La ciudad, en definitiva, esa ciudad abierta del mundo pasado que desde el aislamiento actual tanto extrañamos, esa ciudad que añoramos, estaba al servicio de la represión de los cuerpos. Contrariamente a lo que sostiene el sentido común, el espacio urbano no era el lugar de actividades físicas desbordantes, sino el lugar de actividades agitadas, tensas y crispadas. La actividad del cuerpo quedaba sustituida por las prótesis técnicas: ascensores, escaleras mecánicas, automóviles, transportes subterráneos, colectivos. Por otra parte, la rarefacción de los intersticios, tanto en el seno del tejido urbano como en el interior de los edificios, no hacía más que acentuarse a costa de la reducción de la superficie de las veredas intransitables, de las plazas cercadas, de las viviendas estrechas, de su altura bajo techo... Los deportes pretendieron paliar esta situación atrofica instituyendo algunos ejercicios corporales siempre reglamentados en gimnasios, estrechas sendas para ciclistas, lugares y terrenos previstos para el caso.

La humanidad urbanizada del mundo que perdimos había adquirido el carácter de una humanidad sedentaria dejando el éxodo para los refugiados que amenazados por el hambre y la muerte atravesaban continentes.

Y nuestros cuerpos, nuestros movimientos, ávidos de un espacio para desplazarse, quedaron casi anulados. En el final, el vértigo supuso el exterminio del espacio y para nosotros todo quedó reducido a conservar el equilibrio: a mantenernos a flote como esos esquiadores en el agua que se deslizan a toda velocidad rozando la superficie sin dejar marcas. Si nos deteníamos...nos hundíamos.

De modo tal que la insatisfacción por el espacio reducido a pura velocidad, la frustración por el movimiento condenado a la pura aceleración, estaba en la base de la intimidad evaporada. De ahí que el aumento de la agresividad se convirtiera en una constante, ya que existe un lazo de causalidad indisoluble entre la hipervelocidad y la hiperviolencia.

Pues bien: ese mundo anterior se vio interrumpido cuando irrumpió la Pandemia. Fue una interrupción brusca y sorpresiva. Veníamos a toda velocidad, a la máxima velocidad prevista por los imperativos neoliberales y...chocamos. El neoliberalismo en su punto de máxima aceleración y...nos estrellamos.

No se trata de reconocer que la economía se detuvo, ni siquiera que nos ralentizamos. No es cuestión de aceptar que nos vimos obligados a frenar de golpe. Lo que sucedió es que el tiempo se dislocó y nos descolocó. Tiempo y espacio quedaron fuera de la lógica convencional y perdieron sus coordenadas.

Podrá decirse que fue una Pandemia anunciada, pero, aun así, tuvo el efecto de un baldazo de agua fría, de lo inesperado y sorpresivo. Un accidente. Lo que se entiende por accidente en su acepción topológica: alteración de la uniformidad. Eso a lo que Derrida alude como “contratiempo organizador” en la medida que se opone a la banalidad del sin sentido. (Derrida, y Dufourmantelle 2000, Pag.61)

Eso a lo que Deleuze alude cuando afirma que un estado vivido expresa el flujo de intensidades bajo los códigos, pero expresa al mismo tiempo, la interrupción del flujo.

Y de eso se trata: de la interrupción que hace añicos al tiempo y al espacio conocidos; que trastoca los puntos de referencia que nos permitían orientarnos.

El concepto de interrupción no se reduce al tiempo y al espacio; incluye la alteración de los códigos y supone una tarea adicional: nos obliga a la reestructuración de los distintos elementos simbólicos.

Me dormí en un mundo y me desperté en otro.

Me dormí en un mundo y me desperté en un presente continuo; un presente perpetuo...

La diacronía expuesta a las continuas variaciones de lo mismo se ha transformado en la sincronía de lo sucesivo. La reiteración de la estructura cíclica parecería haber perdido su capacidad de desajustarse en aras de glorificar la renovación de lo efímero. En última instancia: dilatación del presente a costa de la contracción del futuro y abolición del pasado.

Nos dormimos en un mundo y nos despertamos en otro. Nos despertamos y transitamos una vigilia cuyo argumento es la inermidad y el desamparo en estado puro solo atenuado, si acaso, por el respeto al aislamiento.

El cuerpo del otro, ese espesor corporal sede de una dramática subjetiva e intersubjetiva, social y política se ha convertido en amenaza, en peligro mortal.

La distancia entre los cuerpos se ha impuesto como un acto de amor.

La proximidad, el encuentro de los cuerpos, en riesgo letal.

Prohibido tocarse; prohibido acercarse. El contacto piel a piel, el olfato y el tacto, dos de nuestros cinco sentidos, quedaron postergados. Menos de dos metros de proximidad y recibo una puñalada. Un abrazo equivale a un garrotazo. Un beso: a un exocet.

Rita Segato (2020) sostiene que el aislamiento personal, la distancia física es también una distancia social. Y claro está que la separación de los cuerpos no es inocente en sus efectos sobre la subjetividad y la construcción de lazos, pero aun así hubiera sido imposible mantener el confinamiento de la población mundial si la amenaza de la muerte y las medidas de cuidado no hubieran funcionado como aglutinador de humanidad.

Me dormí en un mundo y me desperté en otro.

Renunciar a reunirme con amigos se ha vuelto un gesto cariñoso. Por amor, ni mis hijos ni mis nietos me visitan.

Me dormí en un mundo y me desperté en otro.

De repente, un bombardeo indetenible de información me llega por la tele al abrir el primer ojo de la mañana. No dejan de insistir en la preferencia del virus por los mayores de 70 años que tienen enfermedades previas (¿Quién es el mayor de 70 años que no ha tenido una enfermedad previa?). No paran de recordarme que soy de los primeros en las listas de la muerte. “Población de riesgo” se me hace un eufemismo para disimular la evidencia de que es conmigo la cosa. En ayunas, nomás, las noticias me sopapean con el augurio de la enfermedad y la muerte por asfixia en soledad, y las cifras de fallecidos, contagiados y recuperados a lo largo del mundo, se convierten en números que vuelan, adquieren formas fantasmales, terroríficas y se disuelven para dejarle el lugar al tsunami de cifras

que se renuevan incansablemente. Confinado con los datos de finados que no cesan de abrumarme no llego ni al café de la mañana cuando me arrastro al balcón para obtener una imagen pura de la desolación urbana solo atravesada de vez en cuando por algún enmascarado.

Me dormí en un mundo y me desperté en otro.

Ahora resulta que la Muralla China dejó de ser el emblema de una fortaleza protectora; que París, la “ciudad luz”, se convirtió en destino oscuro y mortífero; que en Londres no resisten ni los príncipes ni el Primer Ministro y New York, aquella que le hizo cantar a Frank Sinatra *I won't wake up in a city that doesn't sleep*...New York, “la ciudad que nunca duerme”, solo despierta para cavar fosas comunes que tanto me hacen recordar a aquellas otras de los campos. Como en esa instalación profética de León Ferrari, la Casa Blanca desborda en contagiados por el virus.

Mientras, el Papa no renuncia a un vano ritual en una Plaza de San Pedro tan vacía como vacía está la Meca, e Italia, el glorioso norte de Italia, se ha convertido en una fábrica de cadáveres que funcionan como mercancías para las que no han sido previstas siquiera los sistemas de acopio y embalaje.

Y Guayaquil, emblema del otro mundo, el de los humillados y vilipendiados de la tierra, se puebla de cadáveres callejeros – puñetazo en plena cara-- que condensan el espanto en estado puro.

Me dormí en un mundo y me desperté en otro.

El fantasma que nos sobrevuela en su versión más cruel -la muerte en solitario por asfixia- nos sumergen en el desaliento (nunca mejor usado el término) ...desaliento que va inflando el presente al punto tal que amenaza deglutirse hasta el más próximo pasado y terminar bloqueando la posibilidad de avizorar el futuro. “I can't

breathe” El susurro ahogado de John Floyd convertido en grito de guerra sintetiza tanto el racismo como la angustia ante la amenaza de la enfermedad y la muerte.

No es la primera vez que se revela la relatividad del tiempo. Ya Einstein nos había advertido que esa uniformidad tenía sus desviaciones, pero esto... esto es otra cosa: ahora esta imprecisión se agrava al punto tal que hasta los relojes y los calendarios se nos hacen arbitrarios y hasta descartables.

Tal parecería que el tiempo impersonal y único como base para la relación entre duraciones que propusiera Bergson, ya no avanza en forma constante, ahora se mueve como remolinos, un *loop* de tiempos interrumpidos que han perdido su dirección. Un presente que se enrolla en sí mismo y no cesa de detenerse. Un presente estancado que se resiste a ser historia.

Tengo muy claro el recuerdo de ese accidente: venía por la autopista con el coche a toda velocidad y de repente, el choque, las reiteradas vueltas en el aire en un tiempo interminable, un tiempo que se estiraba y se hacía infinito mientras volaba en un espacio sin gravitación, de modo tal que el estampido final al estrellarme en el pavimento, nunca llegaba.

Ese instante eterno que no pasa es, tal vez, el paradigma de la situación traumática. Si hasta ahora concebíamos las experiencias traumáticas como ubicadas en el pasado, este potencial trauma colectivo se instala en un presente detenido. Inmersos como estamos en este posible trauma colectivo no es tan difícil aceptar el colapso de cierto orden temporal.

Me dormí en un mundo y me desperté en otro.

En ese pasado próximo, en esos días inocentes en los que salíamos a la calle, paseábamos por la plaza, nos abrazábamos con amigos, cenaba con mis nietos, no podíamos imaginar el rumbo que

tomaría nuestra vida. Y, ahora, instalado en este presente perpetuo, ese pasado se me hace tan lejano que a menudo siento que ya no me pertenece.

Ese pasado que a veces contemplaba con nostalgia se ha ido reduciendo, se ha ido esfumando a costa de este presente hipertrofiado: pasado difuminado que ha quedado vaciado de sentido.

Y el futuro, esa ausencia de horizonte, no solo le quita el sentido a los proyectos trancos y a las iniciativas interrumpidas, sino que caducó como experiencia en la medida que se ha desdibujado como porvenir.

De modo tal que no se trata de elaborar el duelo por el pasado o por los proyectos futuros que se evanecieron en el aire que -a Dios gracias- aún respiramos.

Ese duelo supondría una temporalidad conservada, y la nuestra es una temporalidad desquiciada.

“Tengo todo el tiempo disponible para escribir mi tesis (me dice mi paciente) y, sin embargo, no avanzo nada. Me pregunto qué sentido tiene...”

La pregunta acerca del sentido se ha vuelto un interrogante crucial: “¿Qué sentido tiene?”

Me dormí en un mundo y me desperté en otro.

La tradicional bipartición espacial que asignaba la esfera doméstica a las mujeres y el espacio público a los varones ha cedido frente al protagonismo que ha adquirido la distancia entre nosotros y la pantalla. Ese nuevo espacio, esa diminuta distancia no es nueva, pero nunca como en estos días ha sido más transitada y más concurrida.

Ese pequeño espacio hipertrofiado ha dislocado las distancias: a la hora de abrir mi celular da lo mismo encontrarme con un amigo en México o con quién vive en Palermo a pocas cuadras de mi casa.

Antes recordé que los varones, tradicionalmente propietarios de la esfera pública empezábamos a reconocer –no sin cierta perplejidad- que las mujeres, tradicionalmente confinadas a la esfera doméstica, se apropiaban de la Plaza instalando el más potente movimiento social de la época.

Desde las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo no habíamos visto una expresión política más convocante que el “Ni Una Menos” o las Marchas por el aborto legal, seguro y gratuito. Lamentablemente, me parece que la presencia en el espacio físico logrado por el feminismo no se ha logrado trasladar con la misma fuerza al espacio virtual.

Mientras escribía esto, sonó mi celular: eran mis hijos que inundaron la pantalla con fotos tomadas en tiempos remotos, cataratas de imágenes que venían del túnel del tiempo: prisioneros de una compulsión nada habitual parecían decirme: “¡Tuvimos un pasado! ¡He aquí el testimonio! ¡No dejemos que se nos escape!”

Pero la recuperación del pasado nada tiene que ver con el afán de volver a una normalidad enferma de neoliberalismo despótico. Más bien, la apelación al pasado es un intento de posicionarnos en un presente con un pensamiento crítico capaz de hacerle frente al arrasamiento subjetivo producto de un espacio y un tiempo desquiciados.

Antes que añorar la vuelta a la “normalidad”, aun antes de apelar al “ir acostumbrándonos” al aislamiento actual como signo de salud mental, se trata de inspirarnos (nunca mejor usado el término) para

que el deseo colectivo vaya creando lo nuevo, lo insospechado; se trata de aspirar (nunca mejor usado el término) a que el poder transformador de las masas le otorgue a la existencia el sentido vaciado no solo por la Pandemia sino por un Sistema injusto y desigual.

Esas ansias de dormirme en este mundo y despertar en otro -en un mundo donde éste presente pueda inscribirse en la historia como el fin de una era de agravios y de oprobio-, se apoya en la confianza de que un futuro mejor -que es posible- nos esté esperando.

Capítulo 2

Los que viven en el margen de la sociedad civil

La modernidad sostuvo -tal vez más como ilusión que como realidad, pero sostuvo al fin- la concepción de un Estado Benefactor¹. El Estado Benefactor se encargó de asistir y de ayudar a aquellos que podríamos llamar "marginales residuales" de un proceso de desarrollo que suponía pleno empleo. Los indigentes del Estado Benefactor eran aquellos incapacitados para conseguir trabajo por algún tipo de invalidez. Así, el Estado mantenía:

- orfelinatos para los niños desamparados
- asilos para los ancianos
- preventorios para los tuberculosos
- manicomios para los locos
- cárceles para los delincuentes
- reformatorios para los desobedientes, etc.

Niños, viejos, discapacitados físicos y mentales, mujeres con muchos hijos engrosaban las listas de los indigentes asistidos por estas instituciones.

¹ Estado Providencia que, en nuestro país, durante los penosos años de Dictadura Militar, dejó lugar al Terrorismo de Estado.

Con la posmodernidad o la sobremodernidad las cosas van cambiando. El Estado Benefactor no ha desaparecido del todo pero ya un Estado Neoconservador se ha instalado con una serie de modificaciones que incluyen un aumento notable de la desocupación; más que la desocupación, es la precarización del trabajo la que ha crecido alarmantemente. Además, la familia monoparental ha desplazado a la familia extensa y ampliada. De esta manera, a los tradicionales niños, viejos, discapacitados físicos y mentales, mujeres con muchos hijos, se le ha agregado, ahora, una multitud de jóvenes que si pueden trabajar pero que están desocupados -o que para conseguir "changas" se ven obligados a vagabundear-. Jóvenes que provienen de familias poco numerosas de la que no reciben casi ningún capital simbólico y que han transitado por un sistema educativo, frecuentemente ajeno a su cultura -y, a veces, a su lengua- de origen. Jóvenes a los que les espera una temporalidad sin futuro y una desafiliación marcada por la exclusión del trabajo y la falta de inscripción en formas estables de sociabilidad.

En el presente trabajo abordaré algunas cuestiones teóricas referidas a eso que ha dado en llamarse "marginalidad" o "poblaciones marginales".

Todo hace pensar que, al aludir a la "marginalidad", de espacios se trata; se trata de la localización de lugares. Cuando nos acercamos a la "marginalidad" como objeto de estudio, somos invitados a interrogarnos acerca del lugar: especie de Topología; superficie por donde se distribuyen los cuerpos. Espacio físico del territorio pero además, y fundamentalmente, territorialidad de los códigos: *cartografía de la comunidad*².

La marginalidad puede, así, ser entendida como des-territorialización de las masas que se incorporan a la vida urbana,

²Tomo, aquí, "cartografía" en el sentido que este término tiene para Guattari.

perdiendo los lazos primarios y familiares que los solidarizan. La marginalidad puede ser entendida, así, como esa fractura que expone a sus miembros a diluirse en los intrincados laberintos de la selva de cemento. Marginalidad, entendida como des-territorialización que empuja a los bordes pero, también, re-territorialización. Proceso mediante el cual las poblaciones atomizadas recuperan en los intersticios, en ciertas brechas, en las grietas urbanas, los rituales de sociabilidad y algo de las ceremonias perdidas de su historia. Re-territorialización, también, en esos espacios de reclusión conceptualizados por Goffman (1974) como instituciones totales: los hospitales psiquiátricos, las cárceles, etc.

Tal vez más que a partir de la exclusión y la desafiliación, más que a partir de la discriminación y de la segregación, habría que pensar la marginalidad en su devenir minoritario. Felix Guattari sugiere reemplazar el concepto de "marginalidad" por el de "minorías" que está menos connotado valorativamente. "Minorías" que en el devenir, difieren del paradigma hombre-blanco-occidental-adulto-razonable-heterosexual y ciudadano.

Sí, coincido con Guattari cuando se refiere a la multiplicidad de minorías, cuando alude a los "cabecitas negras", a los "punks" y a tantos otros que andan dando vueltas por ahí; pero difiero con Guattari porque la inmensa mayoría de la población mundial que no responde a la normativa del centro, que nace, vive, se reproduce y muere en la marginalidad y la ilegalidad, mal puede ser considerada "minoría".

La hipótesis fuerte que intentaré sostener aquí es que *las formas de transgresión llevadas a cabo por las "minorías marginales" no se agotan en la respuesta desordenada a la legalidad hegemónica*. Que hay algo en el devenir de estos grupos, que está al servicio del puro desorden; que algo del deseo social circula por allí, y que las oposiciones bipolares: normal-patológico, trabajadores-desocupados,

integrados-excluidos, no logran abarcar ni la plenitud de la energía que allí está en juego, ni el vacío social que los alberga.

Pese a la fascistización jerárquica que inunda las *patotas* delincuenciales, las *pandillas*, y todo tipo de circuitos de infractores, estos modos de organización -o más bien, de desorganización-marginal, cobijan la desmesura de una potencia incapturable que hace peligrar la integridad y la perpetuación del Sistema de ligaduras sociales tal cual como está instituido.

La voluptuosidad del margen -a despecho de las re-territorializaciones perversas y de las recuperaciones fascistoides-desborda con su desmesura la confiscación molar³ que la amenaza.

Hasta ahora los discursos acerca de la marginalidad han quedado tributarios de dos concepciones:

- 1.- de una concepción psico-sociológica-tecnocrática.
- 2.- de una concepción ideológica, de denuncia.

El discurso psico-sociológico-tecnocrático se dedica a describir personalidades, a categorizar grupos, a clasificarlos y, en consecuencia, a proponer técnicas de salvataje.

El discurso ideológico, se dedica a denunciar y develar las causas "ocultas" en la producción de marginales.

Allí donde el discurso tecnocrático habla de marginopatías, de drogadictos, de delincuentes, de bandas, patotas y pandillas; allí donde intenta describir con precisión las formas de organización que adoptan estos grupos, e insiste en rotular, con más precisión aún, las características que los definen, el discurso ideológico culpabiliza al Estado, a la Economía, a la familia, cuando no a las propias víctimas,

³Molar: para el Esquizoanálisis (Deleuze y Guattari) se opone a "molecular" y alude a la conservación y control de la energía.

y pone el acento en la necesidad de sensibilizar a la sociedad acerca de las terribles condiciones en que viven los marginales, o el enorme peligro que estos representan para el resto de la población.

Allí donde el discurso tecnocrático busca la localización, la unidad de lugar y la duración de la experiencia, cuales son las características que homogeneizan al grupo y como se sostiene la comunión de la representación, el discurso ideológico sostiene que la marginalidad, la drogadicción, la prostitución y la delincuencia antes que el signo de una sociedad que no crea riquezas, es el producto de un Capitalismo que solo aspira a maximizar las ganancias. Propone, en definitiva, que acabe la explotación y la injusticia para que acabe la marginalidad.

Hasta ahora, decía, los discursos acerca de la marginalidad han quedado tributarios de la *tecnocracia*, y de la *ideologización*. Consecuentes con esta hegemonía discursiva tendíamos a entender el problema de la marginalidad desde una óptica negativa, que contrastaba, siempre, con la positividad de una sociedad bien organizada donde, claro está, no deberían existir los marginales; o, si acaso, de existir, se los aceptaría como se acepta la escoria: ese resto, inevitable, que resulta del proceso en que se fraguan los metales. Durante mucho tiempo esto fue pensado así hasta que caímos, reactivamente, guiados tal vez por una idealización romántica, en la posición inversa: aquella que nos hacía ver en esas agrupaciones singulares, en la construcción de códigos propios de los marginales, en esa particular modalidad de re-territorialización perversa de poblaciones sideradas, espejismos de procesos contestatarios al Sistema Capitalista de Opresión.

Pues bien. Tal parece que ha llegado el momento de pensar la sociabilidad del margen por fuera de la negatividad. Tal parece que ha llegado el momento de pensar la sociabilidad como funcionamiento positivo del deseo en el campo social. Como avatares de los flujos, devenires y fugas del deseo. Indicios de modos

diferentes -ni deficientes, ni marginales- simplemente infinitos, en la producción de subjetividades.

Para eso es necesario empezar por aceptar ciertas exigencias metodológicas que nos aportan los paradigmas de los Sistemas Complejos:

En principio, es necesario:

- 1.- aceptar la *plurilocalidad*, allí donde hasta ahora buscábamos la unidad de lugar.

Después:

- 2.-aceptar la *segmentareidad*, allí donde hasta ahora buscábamos la homogeneidad del grupo.

Finalmente:

- 3.-aceptar la *heterogeneidad y multiplicidad*, allí donde hasta ahora buscábamos las representaciones compartidas.

Plurilocalidad. Segmentareidad. Heterogeneidad y Multiplicidad

1.-*Plurilocalidad*. La exigencia a romper con la localización -y la consecuente referencia al local único del desempeño social- implica hacerle lugar a la *plurilocalidad* de la vida en la sociedad urbana contemporánea. Plurilocalidad que privilegia los espacios intermedios -los lugares transicionales de existencia- lugares contruidos a pura trayectoria, errancia y devenir. Andenes de subte, rincones de plazas, entrada de estaciones, zaguanes de edificios. Plurilocalidad allí donde hasta ahora se suponía que había que descubrir para su estudio el lugar único, lo más estable posible.

Esta nueva territorialidad itinerante supone un nomadismo urbano que nada tiene que ver con la residencia fija. No obstante, sería erróneo apuntar a la atopía. Ese espacio nómade, está localizado. El nómade urbano tiene un territorio. Sigue sus

acostumbrados trayectos, va de un lado al otro, no ignora los puntos de referencia. Solo que esa circulación entre puntos de apoyo no es, como pudiera pensarse, causa y coherencia de la circulación, sino consecuencia, resto y huella, marca y trazo que resulta de ese tránsito entre puntos.

A diferencia de los puntos de apoyo que imponen una monótona fijeza a los trayectos sedentarios del sujeto integrado ("de la casa al trabajo y del trabajo a casa"; "del sillón al avión, del avión al sillón"), el nomadismo marginal construye su territorio en base a puntos que son resto y consecuencia del trayecto recorrido.

2.-*Segmentareidad*. La exigencia a romper, decía, con la homogeneidad en la etnología urbana -homogeneidad que nos fuerza a encontrar estereotipos pasibles de ser clasificados- nos empuja, también, a aceptar una multiplicidad que habla más de la diversidad en los estilos de vida de los distintos grupos que constituyen el *socius*, que de la uniformidad del cuerpo social.

3.-*Heterogeneidad*. La exigencia a romper con la necesidad de encontrar la unidad en los sistemas de representaciones, de creencias y de códigos que anudan las tramas marginales, supone que debemos incorporar la multiplicidad y simultaneidad pagana en el desempeño deseante de la masa urbana allí donde, hasta ahora, buscábamos la comunión tranquilizadora.

Apuntaba, antes, que tal parece que ha llegado el momento de pensar la sociabilidad del margen como algo diferente a la negatividad. Como algo diferente al lado oscuro y desordenado de una sociedad que tiende, eufemísticamente, a ser clara y ordenada. Decía que, para pensar así, debíamos subordinarnos a ciertas exigencias metodológicas que nos aportan los paradigmas de los Sistemas Complejos y -digo, ahora- fuera de ciertos prejuicios que a fuerza de repetirse han devenido en verdad.

Menciono solamente cuatro:

- 1.-La relación de la marginalidad y la pobreza.
- 2.-La marginalidad como subproducto inevitable del Estado Capitalista.
- 3.-La identidad personológica del marginal.
- 4.-La identidad del profesional, técnico o experto que tiene un saber sobre el tema y que reclama una correspondencia al estilo de "a cada patología, un especialista; a cada grupo enfermo, la técnica que lo mejore".

Marginalidad y pobreza

¿Quién se atrevería a discutir que la causa de la marginalidad profunda está directamente relacionada con la miseria económica y con los diversos tipos de indigencia?

No obstante esta relación *-marginalidad y pobreza-* lejos de mantenerse unida a través de una monocausalidad mecánica y simple, desborda en complejidades. La cantidad de pobres, los umbrales de pobreza, los criterios esgrimidos para determinar donde termina la inserción y donde empieza la exclusión, fluctúan de tal manera que tornan imposible delinear un límite preciso; límite preciso que ilusoriamente debería separar a los que necesitan ser socorridos, de los que pueden asistirse solos. En todo caso parecería inútil esperar que de la pura dimensión económica provenga la información que nos ayude a visualizar la marginalidad.

Es más: no sería muy arriesgado afirmar que así como existen marginales ricos, existe, también, una indigencia integrada que no es marginal. Ciertas formas de mendicidad tolerada, los pobres asistidos regularmente a través de donativos, hablan de una categoría de miserables que, sin duda alguna, se sitúan por debajo del nivel de pobreza, pero que tienen asegurada una estabilidad y un grado de

inserción social en todo diferente al de los vagabundos que -por ahí- no son ni más ni menos pobres, pero que sí son más marginales y que reciben un trato sistemáticamente expulsivo por parte del universo central.

La marginalidad como subproducto inevitable del Estado Capitalista

Las caminatas nocturnas, la deambulaci3n sin destino, el peregrinaje del sexo, de la droga y las oscuras transgresiones de la noche, ese movimiento n3made browniano, es anterior al Estado Capitalista.

La identidad personol3gica del marginal

Decía que el neoliberalismo econ3mico produce j3venes a los que les espera una temporalidad sin futuro y una desa filiaci3n marcada por la exclusi3n del trabajo y la falta de inscripci3n en formas estables de sociabilidad.

Estos j3venes, v3ctimas de la pol3tica de "ajuste", tienen muy mala prensa y son objeto de una verdadera campaa difamatoria por parte de los medios de comunicaci3n de masas. Se desprende de la investigaci3n sobre el miedo en la sociedad Argentina que realiz3 Roberto Jacoby (1986) que el grueso de la poblaci3n visualiza a los j3venes, pobres, "negros" y "villeros" como nutriendo lo que se engloba como "clase peligrosa".

La encuesta confirma que el 65% de la poblaci3n teme principalmente a los j3venes pobres porque son todos "patoteros", "ladrones", "drogadictos", "alcoh3licos" y "descontrolados". Interrogados sobre cu3les son las agresiones que estos j3venes realizan -donde reside su peligrosidad- las respuestas coinciden en

que son "impredecibles y uno nunca sabe lo que pueden llegar a hacer". Como elegido para un ejemplo de tautología dicen que son sujetos amenazantes, "porque pueden hacer el mal". En el límite, su mayor mal reside en existir. Son "malvados", "gente resentida" y "vengativa". Interrogados sobre cual sería la manera más adecuada para eliminar o disminuir el peligro de la "clase peligrosa" el 83% respondió sin vacilar, que el ejercicio de la "mano dura". "Hay que matarlos, encerrarlos, formar guardias policiales, aumentar la dotación militar y poner leyes más severas".

Volviendo al psicoanálisis: no es posible a estas alturas continuar pensando la construcción subjetiva cómo hasta ahora veníamos haciéndolo; como identidad de sujeto. La profundidad del psiquismo que con tanto entusiasmo nos enseñara León Ostrov en la Facultad de Psicología de la UBA durante décadas, está dejando lugar a la profundidad de un saber sobre las superficies. El sujeto individual que habita el margen participa, al mismo tiempo, de diferentes redes de sociabilidad -o para ser más exactos, de sociabilidades- dispersándose en una trama que ignora cualquier intento por lograr la unificación del Yo. En los trayectorias marginales, la dificultad -o más que dificultad, imposibilidad- de construir una identidad estable y duradera se funda en la resistencia indoblegable a aceptar las convenciones, el orden, las reglas de las buenas familias y del buen trabajo; resistencia a incorporarse dentro de los parámetros clasificatorios de los psicoanalistas y resistencia que impide la captura institucional, aunque ésta se presente llena de las buenas intenciones con las que se intenta captar las fugas de los tráfugas.

El psicoanálisis, independientemente de la diversidad de escuelas, insiste en las tendencias, sentidos caóticos y discontinuos del inconsciente. Esta teoría tiende a dar una visión desestabilizada del sujeto, opuesta a todo tipo de organización. Cualquier metarrelato

estabilizador acerca del desarrollo infantil que suponga la identidad de un "marginal" instituye una coherencia que le es ajena a la concepción del inconsciente como multiplicidad inconsistente que supone -con Badiou (1993)- la diversidad infinita de sujetos.

La identidad del profesional, técnico o experto

La tendencia de los especialistas -sean estos psicólogos, médicos, sanitaristas o pedagogos- es la de recortar el segmento de población a la que destinarán sus atenciones para movilizar, después, una serie de recursos económicos y simbólicos con los que intentarán paliar sus desventuras. (Las de los asistidos, y la de los profesionales, claro está). Así se definen las instituciones, así se identifican las organizaciones -escuelas de enseñanza especial, programas para discapacitados físicos, centro para autistas, taller para la rehabilitación psiquiátrica, institutos para drogadictos- todos estos, y muchos más, alimentan una interminable lista de dispositivos donde circulan una cantidad mucho mayor de profesionales que se especializan y se corresponden con la patología que les toca "reparar" en función de una supuesta vocación de servicio.

Lo seguro es que grandes recursos económicos -y no pocos intereses políticos- están puestos en juego alrededor de las poblaciones marginales. Tanto es así que las dos masas artificiales descritas por Freud: el Ejército y la Iglesia (en este caso las iglesias, ya que parecería que todas se han puesto de acuerdo) junto con distintos sectores del Estado, se han unido para dedicarle sus "favores". Y como si eso fuera poco, la privatización de la marginalidad llama ahora -y por supuesto que acuden a ese llamado- a los emprendimientos privados y a las Fundaciones de todo tipo.

La asistencia que así se genera es, sin duda, mucho más beneficiosa y más benefactora que el abandono liso y llano de las poblaciones carenciadas, pero los investigadores deberíamos intentar

al menos, sostener una pregunta elemental: ¿Porqué las Empresas Transnacionales se interesan por los marginales? Las Fundaciones de Empresas Transnacionales como la Ford, la Rockefeller, la Guggenheim, la Kelloggs que han destinado casi 1.200 millones de dólares en lo que va del año para ayudar a comunidades carenciadas solo en América Latina.

Vayamos por partes.

Nadie duda lo que acabo de afirmar y reitero: que la asistencia estatal y privada, de las Iglesias y de las Fundaciones es sin duda mucho más beneficiosa y más benefactora que el abandono liso y llano de las poblaciones carenciadas; pero, poner en correspondencia a ciertas poblaciones marginales con las competencias profesionales y las instituciones específicas que le son destinadas, puede reforzar un carácter estigmatizante que lleve agua para el molino de la discriminación como lo demostró, de manera flagrante, la reglamentación de la vagancia que condujo a su criminalización y el caso de la psiquiatría clásica. La lucha de más de tres décadas llevada a cabo por la antipsiquiatría, por la psiquiatría democrática, por la red alternativa, apenas pudieron conmovir el sistema de exclusión científicamente legitimado que se llevó a cabo cuando instituciones especializadas, con profesionales especializados, munidos de una legislación especializada, decidieron hacerse cargo -y clasificar- a los enfermos mentales. Los enfermos mentales pagaron el reconocimiento de su patología con un status de excepción que convalidó un status de exclusión. Y la posterior forma salvaje de desintitucionalización condujo a que los ex-psiquiatrizados terminaran engrosando las huestes errantes que circulan abandonados y desheredados por la ciudad.

Pero la clasificación de poblaciones marginales incluye otra dificultad: la multiplicidad de grupos y de individuos resiste, indoblegale, a cualquier intención de cristalizar las categorías de asistidos.

La multiplicidad marginal elude la estigmatización, la rotulación y el destino consecuente. Felizmente -o desgraciadamente- los marginales -por lo menos los marginales del Estado Neoconservador- se ajustan mal a los sistemas clasificatorios. Los jóvenes desheredados que pueblan los suburbios y los centros de las grandes metrópolis son a menudo -sucesiva y simultáneamente- un poco delincuentes, un poco toxicómanos, un poco vagabundos, un poco desocupados, un poco trabajadores precarios, un poco prostitutas, un poco repetidores o desertores escolares. Un poco de todo, y nada de eso. Ninguna de esas etiquetas les viene bien. Rara vez se instalan permanentemente en alguno de esos territorios. Circulan de un lado al otro, de un código al otro. Participan de redes de sociabilidad diferenciadas y se escabullen, inaprehensibles, de los diagnósticos y de las instituciones.

Las trayectorias marginales vuelven estériles, así, cualquier intento de perfilar los rasgos de una identidad que los caracterice

Para bien o para mal, frente a esta inestabilidad, la vocación de servicio de los profesionales y de las instituciones destinados a ayudarlos, se encuentran impotentes. Y es entonces cuando se fuerza a los así llamados "marginales" a entrar en categorías que los confirman, los aprisionan, los convierten definitivamente en drogadictos o delincuentes, porque entonces sí se sabe donde hay que llevarlos y como hay que tratarlos.

Tal parecería que hubiera que someterse al imperativo de clasificarlos, de encasillarlos, de etiquetarlos para someterlos a la piadosa competencia profesional propia de cada "patología". Es entonces cuando la tentación por la nominación, la pasión por la nomenclatura nos desliza, insensiblemente, a la hiperproducción de un sistema clasificatorio destinado a capturar los movimientos pulsionales, a neutralizar las vibraciones paganas que alientan a estos grupos. Guiados por este afán de correspondencia, nos vemos

empjuados a adjudicar a cada población de marginales, la población de especialistas y de instituciones específicas que les toque. Y allí van los expertos, con ánimo de cruzados -cuando no con espíritu misionero- a ayudarlos a sobrevivir en la negatividad de su posición. Tal vez ha llegado el momento en que nosotros, todos nosotros, debamos empezar a pensar estas cuestiones desde su positividad deseante: allí donde el fragor de la violencia y el fulgor de la pasión hace evidente la prescindibilidad de una intervención convencional: aquella que evite deslizarnos al lugar común que clausura, justamente, lo que la transgresión intenta abrir.

Entonces, antes que pensar en qué es lo que hacemos y qué es lo que deberíamos hacer con los marginales; antes que tomarlos como objeto de estudio y de asistencia; es decir: antes de tomarlos como un síntoma, como expresión de un sistema injusto de dominación, deberíamos pensarlos -y pensarnos- como un analizador⁴ de esta cultura y, sobre todo, preguntarnos que es lo que el Sistema, el Sistema de Salud, el Sistema Educativo, el Sistema Penitenciario, hace con nosotros. Qué se nos demanda. Síntoma de qué, somos.

En última instancia, si no podemos evitar la producción y la reproducción de marginales, al menos deberíamos no reforzar la discriminación con nuestra práctica.

Conclusiones

Si la singularidad marginal reside en el funcionamiento deseante, la multiplicidad -"rizomática", apuntarían Deleuze y Guattari- permitiría entender aquello que llamamos "bandas", "pandillas", "patotas", "personalidades marginales", "punks", grupos de "gays o lesbianas" "prostitutas y delincuentes", como un agenciamiento colectivo donde lo que cuenta es el funcionamiento deseante, los

⁴"Analizador" es un término del Análisis Institucional que supone la visualización de conflictos institucionales.

flujos en el campo social, las líneas de fuga que atraviesan el socius. Líneas de fuga que arrastran a los individuos; velocidades, intensidades, clausuras y suturas que los esconden en el drapeado de su superficie, los alojan en los pliegues que los envuelven, los disimulan en sus elipsis barrocas. En una sociedad donde todo fluye, las fugas marginales son, entonces, más que una evidencia del desorden y una respuesta contestataria al orden instituido, fugas deseantes que desbordan a los individuos, los arrastran, exceden sus identidades y sus representaciones (Perlongher, 1994).

Esta multiplicidad alude a la diversidad infinita de códigos y lugares. El devenir y la errancia de los marginales construye territorios, tramas y plexos que, a veces, se anudan en veredas, otras en baldíos, en barrios y zaguanes. Un mismo sujeto puede participar en diferentes redes: circula, transita, entra y sale de algunas, elude otras y hasta puede incluirse en espacios totalmente "normales" y convencionales.

Aceptar el acontecimiento -y me estoy refiriendo aquí al acontecimiento como término teórico, como la categoría teórica trabajada por Badiou, por Deleuze y por muchos más- aceptar el acontecimiento como fuerza productiva en su propia, específica, intransferible e irreductible singularidad, supone que "eso" que pasa en los márgenes no se agota, ni mucho menos, en lo que podría conceptualizarse como una mera respuesta a un centro, a un sistema global de valores dominante. No se agota y -más aún- desborda la simple estrechez de lo que hasta ahora conceptualizábamos como "crisis" de pasaje generacional, o como "crisis" de una sociedad que cambia vertiginosamente.

Lo seguro es que, hoy en día, las poblaciones marginales son producidas e ignoradas, descuidadas en sus necesidades más básicas, expulsadas y libradas a su propia suerte como nunca antes había sucedido, al tiempo que, paradójicamente, son destinatarias de un

sospechosísimo interés por parte de sectores que no se caracterizan, precisamente, ni por la generosidad, ni por la piedad.

Todo esto, entonces, para afirmar que sostengo una posición contraria a la que propone aportar, desde el psicoanálisis y/o desde el institucionalismo, una codificación que clasifique y ordene personalidades o grupos marginales. Estas codificaciones están -para mi leal saber y entender- al servicio de capturar -a través de una retórica clasificatoria cuya sintaxis corresponde a la axiomatización de los flujos- los cuerpos que se salen del redil, las ovejas descarriadas, expuestas, así, a ser congeladas en la negatividad de su producción.

Capítulo 3

Escuelas a la intemperie

“Escuelas a la intemperie” me remite, inevitablemente, a Cristina Corea y a Ignacio Lewkowicz. Parecería ser un título dedicado a ellos, destinado a ellos, que fueron los primeros en aludir, con términos parecidos, a las transformaciones por las que atravesaba el sistema educativo: escuelas a la intemperie resuenan próximas a escuelas destituidas, escuelas desfondadas, chicos en banda... Se me ocurre que es un título-homenaje a Cristina y a Nacho y que es, también, una manera de honrar a Silvia Bleichmar a quién tanto le debemos y a quién tanto extrañamos.

Mi intención es la de incitar a reflexionar, con el mayor nivel de implicación posible, acerca de la responsabilidad que, como adultos, como educadores, como psicoanalistas y psicólogos tenemos con las nuevas generaciones. Eso quiere decir que me interesa saber hasta donde ese niño, esa niña, que hoy en día concurre a la escuela, sigue siendo un o una aprendiz; hasta donde, la escuela sigue firme en su función: ayudar a los chicos a inventar los instrumentos, a construir las herramientas que le permitirán apropiarse del conocimiento. Por que no debemos olvidar que la escuela fue concebida como espacio privilegiado y único donde tanto niñas como niños antes que recibir información iban a encontrarse con los dispositivos para procesar, para metabolizar, para resignificar el saber que ya tienen y que traen como patrimonio incorporado.

Pero, no estamos hablando de “la escuela”. Aquí se alude a “las escuelas”, a las escuelas a la intemperie y a las operaciones de discriminación, de segregación y de marginación que las habita.

Por que había una vez...un sistema educativo. Hubo una vez una escuela pública, gratuita y obligatoria. A la escuela pública se le había encomendado la misión de borrar las diferencias entre los ciudadanos para poder aspirar, así, a ser considerados iguales frente a la Ley. De modo tal que, si todos pretendíamos ser iguales frente a la Ley, la escuela debía contribuir a ese proyecto homogeneizando a los niños y niñas aun a costa de ignorar las diferencias; aun a costa de correr el peligro de perder la riqueza que encierra la diversidad. Es cierto que igualdad de los ciudadanos se confundió, entonces, con homologación de los ciudadanos, pero, de todos modos, el proyecto de escuela nacional estaba claro. El guardapolvo blanco para todo el mundo, ricos y pobres, niñas y niños, rurales y urbanos, pueblos originarios e indoeuropeos; el guardapolvo, puso en evidencia la vocación de uniformarnos. La institución educativa dentro del estado instituido para garantizar la grandeza de la Nación albergaba a una multitud de pibes y de pibas, sujetos que se capacitaban para un futuro en el que los valores de progreso a partir del trabajo, la honestidad y la decencia, tenían su lugar. La institución educativa ponía, por encima de todo, el amor a la Patria y, junto a la Patria, el sistema aportaba a un instituido estable y permanente. Eso quería decir que subordinarse al valor de la amistad y la sinceridad, a los valores de respeto a los adultos, hacer lo que estaba bien hacer y renunciar a lo que estaba mal, defender lo que era justo y ser consecuente con los principios que uno sostenía, nos aseguraba una identidad definida y reconocida, un digno lugar en el mundo. Estudiar era nada más y nada menos que eso: una obligación que no se discutía porque no se sentía como obligación. Estudiar era tan natural como comer con la boca cerrada o cepillarse los dientes por la mañana. Estudiar era nada más que eso: prestarse como recipiente

a ser llenado de conocimientos a veces, y a ubicarse como intérprete de textos, otras.

Había una vez...un sistema educativo que se correspondía con la subjetividad de la época a la que contribuía a reforzar. Hubo una vez una escuela pública, gratuita y obligatoria. Ese sistema no ha desaparecido del todo, pero ya hay otro modelo y otras subjetividades que ocupan su lugar. No se trata de modelos nuevos que, contrastados con el que la modernidad nos legó, dejan mucho que desear. No se trata -o, no sólo se trata- de edificios deteriorados; de estudiantes que les faltan el respeto a las maestras o de autoridades que han perdido jerarquías. No se trata -o, no solo se trata- de la ausencia de valores, o de la presencia abusiva de una cultura de la imagen que vino a desplazar a la cultura de los textos. Lo que sucede es que con la destitución del Estado nacional Corea, Cristina; Lewkowicz (2004) como metainstitución dadora de sentido, han estallado las demás instituciones. Y así, las condiciones de permanencia y de estabilidad que el sistema educativo aportaba, desaparecen. Los valores, los sagrados valores de la abnegación, la honestidad, el altruismo, el esfuerzo, ya no están. Pero eso no quiere decir que ha triunfado el mal. Eso no quiere decir que ahora el egoísmo, la corrupción y la pereza han venido a ocupar el lugar dejado vacante por las buenas almas. Significa que, ante el vacío de instituidos que los aseguren, ya no hay referentes que permitan separar el bien del mal, ya no hay valores trascendentes. Ahora son valores inmanentes lo que se gestionan en cada situación y su regulación depende de la correlación de fuerzas sostenida por los poderes de turno (Dufour, 2007). Sin Estado-nación que asegure las condiciones de existencia, la escuela como dispositivo de capacitación ve alterada su consistencia, se evapora su sentido. El agotamiento del Estado-nación como principio general de articulación simbólica le ha quitado el sostén a la estructura y es así como, insensiblemente, los y las estudiantes de antes, les cedieron el lugar a los usuarios de ahora. Si para los y las estudiantes de antes

estudiar era prestarse como recipiente a ser llenado de conocimientos o ubicarse como intérprete de textos, para los usuarios de ahora la cuestión es navegar el hipertexto eludiendo cualquier sentido, evitando la más mínima significación que pudiera distraerlos de la infinidad de conexiones en las que se les juega la vida.

En momentos como el que nos toca vivir, cuando después de siglos en que la escritura se mantuvo reducida al lápiz con una sola mano sobre el soporte papel, se ha pasado a la escritura con las dos manos en el teclado y, en menos de lo que canta un gallo, a la producción de mensajes de texto en los teléfonos celulares con los pulgares (¡al fin se supo para que servían esos dedos gordos e inútiles!) Pues bien: en momentos como estos, la escuela -nuestra institución educativa-, tal como ya señaló Ferreiro en 1997 “continúa formando aprendices como si se tratara de escribas de la antigüedad o de copistas medievales” y las maestras se debaten en el eterno dilema acerca de las virtudes o desventajas de la escritura caligráfica con caracteres ligados o separados. De modo tal que un abismo infranqueable tiende a abrirse entre los nativos digitales y los inmigrantes digitales (Piscitelli, 2009). Porque él y la estudiante de hoy en día se define más como usuario que como aprendiz. Se caracteriza más por las operaciones que puede llegar a hacer con el flujo de información que recibe que por el sentido que les encuentra a los textos que se le ofrecen. Así es que, transformado en usuario, el/la estudiante no interpreta textos, no lee ni descifra, no incorpora algo que en el futuro puede llegar a servirle, solo opera, genera estrategias operativas –muchas veces extremadamente barrocas y complejas-- para que la marea de información se le vuelva habitable.

Con el éxito editorial de Harry Potter, ante la avalancha de best-sellers para niños y niñas, con la familiaridad del chat y de los mensajes de texto por los celulares, a través de facebook, twitter, myspace o youtube, quienes pensaban que la lectoescritura estaba agotada y había cumplido su ciclo en la historia de la humanidad,

volvieron a respirar. Claro está que el nuevo género literario de mensajes usados por los pibes rápidamente transformó los suspiros de alivio en gritos espantados ante la perversión de la lengua, pero, aun así, es inevitable aceptar que, al menos, leen y producen textos. Escriben, seguramente no como a Pedro Barcia (Presidente de la Academia Argentina de Letras) le gustaría pero...escriben y....leen. Se da la paradoja de que si ustedes buscan en Google “muerte de la lectura” se encontrarán con 4.970.000 referencias que... ¡habría que leer!; y si buscan “muerte de la escritura” se encontrarán con 2.950.000 de referencias... ¡escritas!

Pero la lectura de los usuarios nada tiene que ver con la lectura de los y las estudiantes. En los y las estudiantes la lectura tiene una ventaja jerárquica sobre otros estímulos informacionales. En ellos y ellas la lectura deja marcas que perduran y que reaparecen, investidas, resignificadas o expulsadas a lo largo de la vida del sujeto. En cambio, para los usuarios, leer es una acción destinada a producir imágenes. Es apenas un medio para un fin, una más entre las múltiples operaciones de recepción del hipertexto que junto a las películas, los sitios de Internet, los afiches, los juegos de cartas, los disfraces, contribuyen a la producción de imágenes propias que son usadas para competir con la abrumación de imágenes aceleradas, estímulos publicitarios que los bombardean y amenazan saturarlos. Así, las pibas y los pibes navegan como esquiadores sobre el agua. Se desplazan a toda velocidad intentando con las imágenes propias que, no sólo, pero, también, les brinda la lectura, reducir la aceleración. Si se detienen, colapsan agobiados: el aburrimiento se apodera de ellos.

Entonces: no se trata de aceptar o rechazar las innovaciones tecnológicas. Las nuevas tecnologías están aquí, han llegado para quedarse y para ir transformándose y transformando a pasos vertiginosos el mundo que habitamos. Forman parte del paisaje habitual en el que desarrollamos nuestras vidas de modo tal que deberíamos incluirlas en la agenda teórica, ideológica y política antes que como contexto que nos incluye, como texto que nos constituye.

De lo que se trata, entonces, es de desprendernos de nuestros prejuicios para ponernos a construir instrumentos y herramientas que nos permitan entender algo de lo que pasa en la red; eso que pasa y que va transformando nuestras operaciones lógicas, nuestra manera de pensar y, tal vez no sería arriesgar demasiado decir, siguiendo a Adorno y a Marcuse, introduciendo cambios en nuestra segunda naturaleza si es que no nos atrevemos a afirmar la metamorfosis del inconsciente.

No estamos frente a innovaciones tecnológicas que, en el mejor de los casos, deberían ser aceptadas e incluidas en el sistema educativo. No estoy hablando del Proyecto OLPC (One laptop per child). Lo que quiero compartir con ustedes es la impresión de estar asistiendo a un cambio cultural dado por una transformación cualitativa que tiene a los nativos digitales como protagonistas y a nosotros como analfabetos carentes, hasta ahora, de recursos para abordarlos. Lo que quiero compartir con ustedes es la impresión de estar incluidos en una cibercultura que pone en evidencia, como nunca antes había sucedido, lo obsoleto del sistema educativo instituido.

Por qué, frente a las nuevas generaciones, la respuesta más convencional es siempre la misma. El “problema” de los chicos y los jóvenes se resuelve de manera simple y contundente. Para algunos - para los incorregibles-, bajar la edad de imputabilidad, represión, mano dura y encierro. Para otros, tomarlos uno a uno, lavarlos y peinarlos, ordenarlos y ponerlos a estudiar -pupitre y pizarrón- y a trabajar con la esperanza de que, algún día, lleguen a ser “hombres y mujeres de bien”. Esto es, para que aspiren a llevar al mundo al borde del precipicio como lo han hecho hasta ahora los hombres y las mujeres de bien que han tomado ese camino.

¿O acaso es necesario recordar aquí que detrás de esa política hacia las nuevas generaciones existen intereses bien fundados y mal intencionados?

La industria farmacéutica, por ejemplo, factura anualmente a nivel mundial una suma que es superior al doble del Producto Bruto de Argentina con una rentabilidad que aventaja la de cualquier otro tipo de producción, mayor aun que la industria bélica o la del petróleo. Pero ocurre que, del otro lado están los/as niños/as; y los/as niños/as se ajustan mal a los sistemas clasificatorios. La diversidad, la multiplicidad y la singularidad de “casos”, resiste indoblegable a cualquier intención de cristalizar las categorías de asistidos.

Los niños, las niñas y los jóvenes son a menudo -sucesiva y simultáneamente- un poco desatentos, un poco desobedientes, un poco transgresores, un poco vagabundos, un poco repetidores o desertores escolares. Un poco de todo, y nada de eso. Ninguna de esas etiquetas les viene bien (Volnovich, 1995). Esta inestabilidad desafía la vocación de servicio de los profesionales y de las instituciones destinadas a ayudarlos. Ahí es donde la respuesta no se hace esperar: se los fuerza para incorporarlos en categorías que pretenden confirmarlos, aprisionarlos, convertirlos definitivamente en ADD, en ODD, en Depresiones infantiles, en drogadictos, en delincuentes o en disléxicos, porque entonces *si* se sabe a dónde hay que llevarlos y cómo hay que tratarlos. Guiados por ese afán de correspondencia, los expertos tienden a adjudicar a cada patología, la pastilla que le corresponde; a cada patología, la población de especialistas y de instituciones específicas que les toca.

Por todo esto es que pienso que, tal vez, ha llegado el momento en que los educadores y los expertos debamos empezar a reflexionar acerca de qué es lo que hacemos y qué es lo que deberíamos dejar de hacer con la infancia. Tal vez, antes que tomar la infancia como objeto de estudio y de asistencia deberíamos pensar la “desatención” y la “desobediencia” como un analizador de esta cultura y, sobre todo, preguntarnos qué es lo que el Sistema, el Sistema de Salud, el Sistema Educativo y hasta el dispositivo académico hace con nosotros. Qué nos demanda. Síntoma de qué, somos. Tal vez ha llegado el momento en que nosotros, los psicoanalistas, debamos

empezar a pensar la infancia por fuera de una intervención convencional: aquella que evite deslizarnos al lugar común que clausura, justamente, lo que el síntoma individual, que dice siempre algo del síntoma social, intenta abrir.

Comencé afirmando que era mi intención reflexionar acerca de la responsabilidad que tenemos con las nuevas generaciones. Cuál era nuestra posición frente a quienes vienen a confrontarnos con nuestros fracasos y con el fracaso de una cultura que hizo de la ciencia, virtud, y gloria, del progreso. Aquellos a quienes Alessandro Baricco (2006) llamó los “Bárbaros” por el desprecio que dirigen a los valores más altos de la cultura burguesa; “Bárbaros” por la impertinencia hacia los mejores atributos del conocimiento; “Bárbaros” por el rechazo al saber que ponemos a su disposición; “Barbaros” por que nos obligan a reflexionar acerca del sentido de nuestro patrimonio.

En realidad, esas pibas y esos pibes desconfían de la información que queremos transmitirles; si son poco receptivos es porque sospechan que ese saber y ese sistema axiomático que les ofrecemos no fue ajeno a la catástrofe que les toca vivir. Y, lo que no les perdonamos es que, con su irreverencia, nos hagan saber que nuestra gloria de burgueses cultos y civilizados generó, permitió –o, al menos, no logró impedir-- las peores calamidades que sufrió la humanidad (desde Auschwitz a Hiroshima; desde la ESMA al consenso que toleró la instalación del neoliberalismo entre nosotros, por mencionar sólo algunos); gloria de burgueses que produjo una generación despojada de futuro a la que sólo le queda refugiarse allí: en la precariedad de un estigma (un tatuaje, un piercing, una cicatriz), la precariedad de un estigma elevado a emblema.

Entonces, si comencé apelando a reflexionar acerca de la responsabilidad que tenemos con las nuevas generaciones, terminaré reivindicando para las escuelas a la intemperie un sistema educativo público obligatorio y gratuito que instale un cielo protector en el lugar del techo.

Capítulo 4

Problemas e Intervenciones en la Clínica y en las Aulas. Nuevas Tecnologías ¿Nuevas Patologías?

En este apartado me focalizo en las nuevas tecnologías y se interroga acerca de las nuevas patologías fundamentalmente porque me interesa reflexionar acerca de la responsabilidad que tenemos con las nuevas generaciones.

¡Nuevas patologías!

¡Ojalá nos encontráramos con nuevas patologías! ...eso querría decir que la cybercultura presionó y obligó a la comunidad científica a producir nuevos términos teóricos y clínicos tanto a nivel de la pedagogía como a nivel de la psicología. Y...lamentablemente, me parece que no es así. El vértigo, la velocidad con la que se instalaron las nuevas tecnologías produjeron, si, cambios significativos en las subjetividades de lo que hasta ahora habíamos conocido como cultura “textual” o cultura “letrada”, pero esos cambios no han sido acompañados con la misma agilidad por desarrollos ni de la pedagogía ni de la psicología (psicoanálisis incluido).

Más bien parecería ser que las innovaciones culturales han reforzado los dispositivos más convencionales, las respuestas más

reaccionarias, desplazando los problemas referidos al sujeto psíquico desde el campo de la psicología al campo ampliado de la medicina. Ubicando –reubicando—al sujeto ahora en calidad de cerebro, dentro de la neurología o, en el mejor de los casos, dentro del cognitivismo. Y la nosología psiquiátrica clásica se profundizó y se expandió ofreciendo viejos odres para vinos nuevos.

En nuestro país, la masa crítica del psicoanálisis que supo tomar el trauma individual y social de los años de plomo como desafío para promover una producción original, innovadora y fundante a nivel mundial, quedó tributaria de una posición sino conservadora al menos poco fecunda y retardataria cuando se vio obligada a tomar posición frente a los cambios culturales que las nuevas tecnologías impusieron. Las computadoras, las diversas consolas para videojuegos, los celulares, se colaron en las sesiones a disgusto de los analistas que las registraron más como molestia que como significantes de una cadena a interpretar; más como evidencia resistencial que como material transferencial. Y los analistas de niños y niñas que, ya se sabe, por lo general son las analistas de niños/as, acostumbradas a navegar por el discurso oral, gráfico, lúdico, gestual y escritural de los pibes a bordo de una estructura basada en la narrativa de la representación, tendieron a clausurar la cuestión con recursos psicológicos, semióticos y lingüísticos convencionales como si nada nuevo hubiera en los videojuegos; se conformaron con someterlos a los instrumentos que fueron eficaces para los juegos que le precedieron haciendo caso omiso a su potencia interactiva, aplanando justamente aquello que los videojuegos aportan como novedoso. Las analistas de niños y niñas acostumbradas a aproximarse al juego como relato con personajes que interactúan de acuerdo a reglas estrictamente pautadas y de gran poder identificadorio quedaron prisioneras de los conceptos de

representación que les impidió acceder a la potencia teórica de la simulación; aquella a la que hace ya muchos años apelaba Gianfranco Bettetini cuando propuso el “(Por un) establecimiento semio-pragmático del concepto de simulación”.

Por que el caso es que, en la cultura textual, mientras duró el modelo que conocí cuando yo era pibe, la escuela pública, obligatoria y gratuita, tenía un lugar privilegiado. La institución educativa dentro del Estado instituido para garantizar la grandeza de la Nación albergaba a una multitud de chicos y chicas, sujetos que se capacitaban para un futuro en el que los valores de progreso a partir del trabajo, la honestidad y la decencia, tenían su lugar. Estudiar era nada más y nada menos que eso: una obligación que no se discutía porque no se sentía como obligación. Estudiar era tan natural como comer con la boca cerrada o cepillarse los dientes por la mañana. Estudiar era nada más que eso: prestarse como recipiente a ser llenado de conocimientos a veces, y ubicarse como intérprete de textos, otras.

Y estudiar, se estudiaba en la escuela. También en la casa, cuando se hacían las tareas para el hogar. El resto era puro entretenimiento.

¿Se estudiaba en la escuela? Más bien se estudiaba en la hora de clase. Porque la escuela cumplía, también, una función fundamental: marcaba un ritmo, una periodicidad. La hora de clase auguraba el recreo. La entrada y la salida diaria delimitaban el horario de clase. El fin de semana venía después de la semana de clases y el ciclo lectivo culminaba con las vacaciones.

La hora de clase, el día de clase, la semana de clases, el año escolar estaban signados y dedicados al estudio. El recreo, la salida, el fin de semana, las vacaciones, a la recreación. Ese ritmo fue gestando un orden, una serie de valores basados en la administración

del tiempo. El tiempo útil dedicado a aprender y el tiempo dedicado a la recreación: el tiempo libre, el ocio. En cierto sentido: tiempo perdido.

Junto a esta valoración del tiempo venía la otra. La de la dieta cognitiva. La dieta estaba compuesta por matemáticas, lengua, historia, geografía y algunas asignaturas más a las que, con el tiempo se les fueron agregando otras: inglés, computación. Estas asignaturas debían mantener entre sí un porcentaje adecuado para garantizar una correcta formación. La dieta cognitiva como la dieta alimenticia hecha a base de hidratos de carbono, proteínas, grasas, minerales y vitaminas (no olvidar las vitaminas que son tan importantes) permitía --toleraba, más bien- en dosis justas, a las golosinas. Porque sobre las golosinas era fundamental estar alerta. Son ricas, ninguna duda cabe que más ricas que la comida tradicional --mucho más ricas que la sopa, por supuesto- pero, ya se sabe, las golosinas en exceso hacen daño, engordan y no alimentan, desvían el apetito y compiten con las comidas. Cuantas más golosinas, menos comen a la hora de la cena. De manera tal que...pocas, y alejadas de las comidas. Si acaso como premio después de haber aceptado sin chistar todo lo que antes se les ofreció.

Pues bien, anticipo desde ya que la actitud de muchos adultos --y de no pocos educadores-- con respecto a las nuevas tecnologías es casi siempre semejante a la posición que sostienen con respecto a la comida y a las golosinas. Las conceden, las aceptan, las permiten siempre y cuando no atenten contra la buena alimentación. Es lo que sucede con los videogames, el chat, la play o la televisión. Hay que dosificarlas, alejarlas del estudio, permitirles como premio después de haber cumplido con los deberes y garantizar que no se consuman en exceso por que puede indigestarlos. Su poder adictivo funciona como una amenaza.

Había una vez, decía, un sistema educativo que se correspondía con la subjetividad de la época a la que contribuía a reforzar. Hubo una vez una escuela pública, gratuita y obligatoria. Ese sistema no ha desaparecido del todo, pero ya hay otro modelo y otras subjetividades que ocupan su lugar.

Por que es necesario reconocer que, hasta ahora, la escuela se mantuvo siempre recia a aceptar las innovaciones tecnológicas. Cuando yo era chico, por ejemplo, comencé escribiendo con el lápiz y, recién después, con lapicera. Mi pupitre tenía en el extremo superior derecho un hueco que alojaba un tintero de porcelana blanca. La lapicera alternaba con una pluma cucharita y una pluma cucharón. Había que introducir la pluma en el tintero cada vez y los manchones eran inevitables. La lapicera fuente, la Parker que usaba mi padre, estaba prohibida porque conspiraba contra la buena caligrafía y el bolígrafo, sólo para los tramosos que jamás iban a tener una letra como Dios manda. A pesar que el bolígrafo era una Birome, junto con el dulce de leche y el alambre de púa, gran invento argentino, también estaba prohibido. La calculadora fue rotundamente interdicta porque su uso impedía el cálculo mental que debía practicarse con el cerebro y, recién, cuando ocuparon los bolsillos de casi todos los chicos y chicas, las aceptaron y se dio por perdida la batalla. A la máquina de escribir se la saltaron y fue destinada sólo para las escuelas técnicas y propiedad de las Academias Pitman.

Eso nos pasaba a los aprendices de entonces. Pero, hoy en día, él y la estudiante se definen más como usuario que como aprendiz. Se caracteriza más por las operaciones que puede llegar a hacer con el flujo de información que recibe, que por el sentido que le encuentra a los textos que se le ofrecen. De modo tal que, transformado en usuario, él y la estudiante no interpreta textos, no lee ni descifra, no

incorpora algo que en el futuro puede llegar a servirle, solo opera, genera estrategias operativas –muchas veces extremadamente barrocas y complejas-- para que la marea de información se le vuelva habitable.

Pero la lectura de los usuarios nada tiene que ver con la lectura de los y las estudiantes. En los y las estudiantes la lectura tiene una ventaja jerárquica por sobre otros estímulos informacionales. En los y las estudiantes la lectura deja marcas que perduran y que reaparecen, investidas, resignificadas o expulsadas a lo largo de la vida del sujeto. En cambio, para los usuarios, leer es una acción destinada a producir imágenes. Es apenas un medio para un fin, una más entre las múltiples operaciones de recepción del hipertexto que junto a las películas, los sitios de Internet, los afiches, los juegos de cartas, los disfraces, contribuyen a la producción de imágenes propias que son usadas para competir con la abrumación de imágenes aceleradas, estímulos publicitarios que los bombardean y amenazan saturarlos. Así, las pibas y los pibes de la cybercultura transitan como esquiadores sobre el agua. Se desplazan a toda velocidad intentando con las imágenes propias que, no sólo, pero también, les brinda la lectura, reducir la aceleración. Si se detienen, colapsan agobiados: el aburrimiento se apodera de ellos.

De ahí que el problema de la escuela actual es muy serio por múltiples razones. Una de ellas –y no la menos importante– es el protagonizado por una multitud de maestras que intentan enseñarle a los y las estudiantes algo que ellos y ellas ya saben e incluso mucho mejor que los y las docentes. Con esta afirmación no quiero contribuir a la idealización del saber digital de las nuevas generaciones ni, mucho menos, insinuar que la digitalización de los video juegos reemplazará a la “cultura verdadera” que quedará entonces como patrimonio de la gente “de bien”, pero sí, denunciar

que, así como está, la escuela no es, precisamente, el lugar más atractivo ni más interesante para las chicas y los chicos.

Pero... ¿Cómo son esas chicas y esos chicos que una psiquiatría obsoleta intenta encasillar dentro de la categoría de “nuevas patologías”? ¿Cómo son los nativos digitales?

Los nativos digitales aman la velocidad cuando de lidiar con la información se trata. Les encanta hacer varias cosas al mismo tiempo, y casi todos ellos son *multitasking* y en muchos casos multimedia. Viven hiperconectados. Pueden oír la radio al tiempo que estudian en un libro la lección de historia con la tele prendida, jugando a la play, mandando mensajes por el celular, chateando con medio mundo y comiendo pizza. Prefieren el universo gráfico al textual. Eligen el acceso aleatorio e hipertextual en lugar de la narrativa lineal. Funcionan mejor cuando operan en red y, lo que más aprecian, es la gratificación constante y las recompensas permanentes que, por lo general, los incitan a desafíos de creciente complejidad. Pero, por sobre todo, prefieren jugar antes que estudiar. Su alimento verdadero son las golosinas digitales. Pueden hackear la computadora más sofisticada por la noche y, por la mañana, reprobar el examen más sencillo de matemáticas.

Vaya como ejemplo de lo que acabo de afirmar: En un trabajo serio y riguroso -*Harnessing the power of games in education*"- (Reapropiándonos del poder de los videojuegos en la educación) Kurt Squire y Henry Jenkins tomaron una muestra de 650 estudiantes del MIT (Instituto de Tecnología de Massachussets) y encontraron que el 88% de ellos habían jugado a los videogames antes de los 10 años, y más de 75% los seguía jugando. Un 60% de los investigadores del MIT empleaban varias horas por semana jugando y apenas un 43% le dedicaba más de una hora por semana para leer algo ajeno a los textos asignados en clase. Entre nosotros, el campeón nacional de

Counter Strike –hasta hace poco tiempo atrás uno de los juegos más populares- es uno de los mejores estudiantes del Colegio Nacional de Buenos Aires. Estos datos contradicen plenamente las tesis vulgares que pretenden encontrar una incompatibilidad entre el desarrollo de la inteligencia, la incorporación de conocimientos y los videojuegos.

Por razones que, seguramente no se les escapará, yo quisiera, ahora, detenerme en uno de ellos. Civilization III permite que los jugadores manejen una civilización desde el año 4.000 AC hasta nuestros días. Los usuarios pueden ganar el juego de diferentes maneras, ya sea que la suya sea una victoria política, científica, militar, cultural o económica. Los jugadores meten mano en recursos geográficos, administran la economía, planifican el nacimiento de su civilización y se dedican a la diplomacia con otros Estados y naciones.

Entre los rasgos más significativos de Civilization III se cuenta un sofisticado árbol que organiza 6000 años de innovación tecnológica en una web que entrecruza los dominios de la ciencia, de la religión y de las artes.

Kurt Squire no es el único, pero si el primero. Kurt Squire ha escrito su tesis de doctorado precisamente sobre los usos educativos de Civilization III (*Replaying History, Teaching social studies in urban classrooms with Civilization III*, que pronto publicará Indiana University Press).

En una primera aproximación todo hace pensar que las ventajas educativas de este videojuego comercial se reducen a facilitar y a entusiasmar a los pibes en el aprendizaje indirecto de conceptos como los de monoteísmo o de monarquía. No obstante, lo que Kurt Squire extrae de su investigación es algo enteramente novedoso: los pibes usan el juego para vincular períodos separados de la historia y

lo hacen desde una perspectiva periférica que desafía el eurocentrismo occidental.

El caso es que Squire investigó en detalle el interés que despierta este juego entre estudiantes de comunidades marginales; esos que generalmente viven la escuela como si fuera un infierno. La mayoría de esos chicos y chicas no le prestaron atención especial al juego hasta que se sorprendieron "ganando" cuando adoptaban la posición de los vencidos (africanos o indios). Estos chicos y chicas quedaron fascinados cuando descubrieron que podían construir escenarios de historia virtual al estilo de ¿qué hubiese pasado si la viruela -utilizada como guerra bacteriológica por los españoles- no hubiese borrado del mapa a cerca de 80 millones de nativos en el escaso lapso de un siglo?

Con un sesgo marcadamente postmoderno Civilization III no lee (ni produce) la historia en clave de gran narrativa, de relatos épicos, sino que la pone a disposición como interrelación de fuerzas dinámicas inestables y cambiantes. Así, el juego funciona como un cuerpo maleable permitiéndoles a los chicos y chicas poner en acto una visión carnavalesca propia de sus fantasías, capaz de transgredir el orden establecido. Este juego, como casi ningún texto y menos aún actividades usuales en el aula, fomenta el despliegue y la exploración del interrogante más productivo que pueda circular por la esfera cognitiva: ¿Qué hubiese pasado si...? Y, ese interrogante, esa implicación lógica, ¿Qué hubiese pasado si...? inaugura un camino ramificado hecho de múltiples trayectorias. La terminología geográfica que en el aula se reduce a enumerar automáticamente ríos, montañas y océanos, se convierte en un recurso estratégico. Por que los jugadores tienen que investigar en detalle dónde está ubicado el petróleo en el mundo, o cómo evolucionaron las fronteras de Roma, a riesgo de ser derrotados. La idea de Sid Meier, el creador

de Civilization III, no es prescindir de las enciclopedias o de las fuentes de información textuales, los mapas y la TV educativa, pero sí convertir esos retazos de conocimiento fosilizado en ingredientes clave para seguir jugando. Eventualmente, ganar y convertirse en expertos en resolver problemas y en instalar problemas nuevos antes que repetir la versión de los docentes acerca de problemas obsoletos. Revisando las entrevistas en profundidad que Squire les hizo a los y las estudiantes después de haber jugado incontables horas, el concepto acerca de los juegos cambió drásticamente. No se trata tan sólo de poner en acto la pulsión lúdica, sino de reconocer el carácter de micromundos que presenta el juego. Y esto es así porque sólo jugando los y las estudiantes pueden empezar a construir sus teorías acerca de las interrelaciones entre procesos y prácticas sociales, entre tecnología y economía, entre política y voluntad de mando.

Lo que los chicos y chicas aprenden cuando juegan es algo que cualquier profesional consumado hace a diario: tomar decisiones con información incompleta; cómo ir en una dirección sin saber qué está pasando en el resto del sistema. Lo que cualquiera de estos juegos logra es resolver el eterno problema del conocimiento interno, expresión mediante la cual se alude a la incapacidad de los estudiantes para aplicar sistemáticamente en su vida cotidiana la información obtenida en el contexto escolar. De modo tal que jugando los chicos y chicas no sólo obtienen más información, sino que mejoran su capacidad para resolver problemas complejos.

Pero, además, los videojuegos fomentan la colaboración entre los jugadores, y de este modo proveen un contexto para el aprendizaje entre pares y posibilitan la emergencia de comunidades de aprendizaje. Es muy probable que el meta-juego, significativo que alude a los foros de discusión y a las charlas acerca de las estrategias

que tienen lugar en cada juego, esté incluido en la meta-cognición. Cuando comentan lo que están haciendo en Civilization III, los chicos y chicas no sólo están intercambiando experiencias, sino que mientras comparten visiones críticas respecto de las mismas reglas constitutivas del juego, están integrando una comunidad de jugadores.

No obstante, estamos a años luz de encontrar videojuegos educativos capaces de cumplir, aunque solo sea en parte, lo que estos experimentos conceptuales han logrado. La razón es bien simple y remite a lo que afirmaba en un principio. Los educadores y los diseñadores de juegos no se llevan bien. Tal vez la brecha generacional no sea un factor inocente en esa desavenencia. Los educadores son, en general, inmigrantes digitales. Los diseñadores de juegos son, casi siempre, nativos digitales. Tal vez las diferencias de género tampoco sean ajenas a esa desavenencia. Los educadores son, en general, las educadoras. Los diseñadores de juegos son, en general, los diseñadores de juegos. De todos modos, lo curioso es que el desafío más significativo no es de naturaleza tecnológica sino pedagógica. Si aún no existen videojuegos que tengan el carácter hipnótico, fascinante, cautivante y de final abierto, como *Grand Theft Auto*, o una simulación tan sofisticada y sutil con *The Sims*, ello se debe a que el aprendizaje vivencial e inmersivo que suponen estos juegos es negado y descalificado por la teoría pedagógica y por las teorías del aprendizaje dominantes en el aula.

Total, que la escuela de los países periféricos, que aún no aprendió a alfabetizar para el periódico y las bibliotecas, debe enfrentar ahora el desafío de ver entrar Internet en las aulas. Pero es necesario recordar que esta iniciativa no es una propuesta pedagógica. Este proyecto se debe a que el Banco Interamericano de Desarrollo y Starmedia Network firmaron una alianza para introducir

Internet en todas las escuelas públicas de América Latina y El Caribe apostando a que las computadoras, por si solas, puedan oficiar de trampolín de acceso a niveles de alfabetización nunca alcanzados, y suponiendo que los maestros y las maestras —desactualizados, mal pagados, casi sin capacitación digital previa— van a poder liderar ese proyecto. Un proyecto que no se reduce a cambiar las formas; que no supone una cuestión de grado, sino que continúa un proceso que de manera silenciosa ya se ha puesto en marcha y que plantea un cambio estructural del aprendizaje. Un cambio en por lo menos cuatro de las columnas principales:

- El conocimiento
- Las fuentes
- Criterios de verdad
- Quienes son los sujetos productores de conocimiento.

Por eso la cuestión de los videojuegos tiene poco y casi nada que ver con discusiones acerca de la corrupción cultural o de la adicción electrónica --aunque muchos docentes envejecidos prematuramente y los medios que les sirven de voceros así lo vendan-- sino con un profundo cuestionamiento político de la concepción tradicional y actual de qué es aprender y de cómo se aprende, y de qué tipo de ciudadano formar y para qué tipo de mundo, muy diferentes seguramente del que muchas pedagogas, psicólogos y psicoanalistas tradicionalistas tienen en su cabeza.

Comencé afirmando que era mi intención reflexionar acerca de la responsabilidad que tenemos con las nuevas generaciones. Cuál era nuestra posición frente a quienes vienen a confrontarnos con nuestros fracasos y con el fracaso de una cultura que hizo de la ciencia, virtud, y gloria, del progreso. Los “nativos digitales”. Aquellos a quiénes Baricco (2006) llamó los “Bárbaros” por el desprecio que le

dirigen a los valores más altos de la cultura burguesa; “Bárbaros” por la impertinencia hacia los mejores atributos del conocimiento; “Bárbaros” por el rechazo al saber que ponemos a su disposición; “Barbaros” por que nos obligan a reflexionar acerca del sentido de nuestro patrimonio.

En realidad, esos nativos digitales, esas pibas y esos pibes desconfían de la información que queremos transmitirles; si son poco receptivos es porque sospechan que ese saber y ese sistema axiomático que les ofrecemos no fueron ajeno a la catástrofe que les toca vivir. Y, lo que no les perdonamos es que, con su irreverencia, nos hagan saber que nuestra gloria de burgueses cultos y civilizados generó, permitió -o, al menos, no logró impedir- las peores calamidades que sufrió la humanidad (desde Auschwitz a Hiroshima; desde la ESMA al consenso que toleró la instalación del neoliberalismo entre nosotros, por mencionar sólo algunos); gloria de burgueses que produjo una generación sufriendo, castigada y maltratada a la que sólo le queda refugiarse allí: en la oscuridad de un cyber, en la precariedad de un estigma (un tatuaje, un piercing, una cicatriz), la precariedad de un estigma elevado a emblema.

Entonces, si comencé afirmando que era mi intención reflexionar acerca de la responsabilidad que tenemos con las nuevas generaciones, terminaré diciendo que, en contraste con los jóvenes de generaciones anteriores, la actual es la primera generación que, para lograr su independencia, cuenta con la dependencia de las nuevas tecnologías. Jeroen Boschma e Inez Groen han impuesto la categoría de Generación Einstein para aludir a quienes nacieron a partir de 1988. Estos autores esgrimen sobrados argumentos para fundamentar el respeto y la admiración que les despiertan los jóvenes contemporáneos: pibes que conocen como nadie las reglas del marketing, que leen la prensa como periodistas, que miran

películas como semiólogos, que analizan anuncios como verdaderos publicistas, que siguen sin dificultad alguna la complejidad de Dr House y de Lost. Son jóvenes que se despliegan en un universo simbólico donde sus padres y los adultos que los rodean – inmigrantes digitales-- no entran más que para balbucear torpemente. Más rápidos, más inteligentes, más sociables se mueven como pez en el agua en el ciberespacio sin pedir permiso a los mayores; son los dueños absolutos del futuro.

Capítulo 5

¿Qué lugar ocupan los videojuegos en el psicoanálisis con niños?

Desde los inicios y, más aun, desde el *fort-da*, el juego ha tenido un lugar protagónico no sólo en las sesiones de análisis con niños sino, también, en las consideraciones psicoanalíticas acerca de la constitución del aparato psíquico. Y esto es así porque durante las sesiones de análisis el niño¹ juega y el analista interpreta. Ambos juegan a la transferencia. Ambos son juguete de la transferencia. Cada uno a su manera mantiene un cautiverio. El niño aparece preso del deseo del otro. El analista, mantiene cautivo su propio deseo. El juego que allí se desarrolla es una actividad inédita en el curso de la cual el niño contribuye a la dramaturgia de una escena que se ensambla como una composición orquestal para múltiples instrumentos. El juego, como el sueño, como la experiencia artística comparte ese nivel de ilusión que se abre a mitad de camino entre la realidad y la ficción, ese espacio que Winnicott (1971) describió como transicional, al que Mannoni (1997) aludió como la otra escena y al que García Reinoso (1997) se refirió en *Juego, Creación e Ilusión*.

A través del juego el niño carga, catectiza al adulto, lo incluye en su trama y -aunque sepa jugar solo- juega con el analista. No se

¹ Usaré el masculino para referirme al universo infantil y, también, a quienes están en el lugar del analista (a pesar que la mayoría de los psicoanalistas de niños son mujeres).

contenta con jugar ante su mirada. De ahí que para el analista se abren dos caminos: o permanece impasible e inmóvil, o se pone a jugar con el niño. No obstante, jugar con el niño no constituye una herramienta terapéutica. Puede ser un recurso de la cura y hasta una etapa necesaria pero no es imprescindible. Winnicott ha sido muy explícito al recuperar para el análisis la eficacia y pertinencia de ese momento del proceso analítico en que el terapeuta juega, no interpreta; acompaña el juego; es testigo del juego del niño. Pero aún así, jugar con el niño es más un recurso que una condición de la cura. Para un niño es difícil soportar una actitud prescindente, calcada sobre la del analista de adultos; más aún, si el niño es pequeño seguramente lo tomará como rechazo y estimulará el *acting out* sin beneficio alguno para el proceso analítico. De modo tal que cierta participación en el juego indica que se toma en consideración toda la producción del niño al tiempo que una inevitable carga narcisística se estimula en el adulto.

Esta "obligación" particular de los analistas de niños -la de jugar- introduce una variable que sería prudente no perder de vista. Jugar interactuando suficientemente sin por ello hacerle el juego -sin reforzar la compulsión repetitiva, sin aumentar las resistencias- exige del analista cierta libertad interior y la facultad de no perder -o perder lo menos posible- la capacidad de analizar a pesar de la contribución desacostumbrada de su propio cuerpo y su motricidad.

Esta "obligación" particular de los analistas de niños --la de jugar-- seguramente no es ajena a la dificultad de transmitir lo que pasa en la sesión con un niño. Qué me dijo, cómo jugó, qué le dije, cómo me jugué. Algo inefable pasa allí. Es que en la descripción de la sesión de análisis con niños aparece el cuerpo del analista y con él, el pudor por lo que allí se escapa, por lo que el cuerpo muestra.

Así como el análisis de adultos es un análisis bidimensional -lectura de texto- el análisis de niños es tridimensional. Es, si se

quiere, un análisis dramático. El análisis de niños supone el desafío de estar incluido en una escena y participar en ella. En el análisis con niños aparece una geografía, una espacialidad² que le es ajena a la sesión con un adulto y que emparenta al análisis de niños con el psicodrama psicoanalítico (Campo, 1957).

Impedido el acceso a su propio deseo; encerrado en el mar del deseo del otro, el niño juega y el analista interpreta. El analista interpreta y la interpretación emerge más que del saber del analista, del deseo del analista; es decir, del inconsciente del analista. Y más que del deseo del analista, de la relación transferencial. Sólo que esa relación transferencial es asiento de una complejísima trama de transferencias cruzadas que se anudan en:

- la relación transferencial recíproca del analista con el analizando
- la transferencia del analista con el psicoanálisis como institución imaginaria de la sociedad
- la transferencia con sus maestros y sus teorías, con la obra de Freud, con la escuela a la que pertenece.

El hecho de que la interpretación esté destinada al saber inconsciente, no tiene porqué impedir que le prestemos atención a las "falsas teorías"; a esas explicaciones con las que los niños intentan dar cuenta del mundo y de su relación corporal con ese mundo. Me interesan esas reflexiones que como adulto no sé (y que, si alguna vez supe, las olvidé). Intento, además, adentrarme en qué es lo que el niño entiende de lo que yo, al formularle una interpretación, le digo (Ferreiro y Volnovich, 1981).

² Homburger, E. (1948-49) *Configuraciones en el Juego*. Buenos Aires. Revista de Psicoanálisis.

***De la cultura letrada a la cibercultura. De la representación
a la simulación***

Decía que el juego, la creación artística y el sueño comparten el nivel de ilusión que caracteriza a la realidad de ficción. El análisis, también. La transferencia es un juego donde todo pasa sin que pase nada. El análisis -la transferencia- comparte con el juego, con la creación y el sueño, ese espacio de ilusión que se abre para que el deseo se despliegue ante la creencia del otro que oficia de soporte. Porque, así como es necesario mantener una ilusión consensuada para poder jugar, así como hace falta el acuerdo del otro que refrenda con un "¡dale!" el "dale que...", el análisis necesita de un acuerdo -de la creencia en el saber del otro (saber del analista y saber inconsciente del paciente), de la presencia de ese otro, institución imaginaria del análisis-, para que pueda instalarse como tal.

Decía, también, que desde los inicios el juego ha tenido un lugar protagónico no sólo en las sesiones de análisis con niños sino, además, en la constitución del aparato psíquico. Pero, en las últimas décadas, algo comenzó a cambiar en los juegos de los niños y, a que ocultarlo, en la vida misma. La aparición de las nuevas tecnologías se convirtió en un desafío mayor para los padres, para los educadores y para los psicoanalistas que, en un principio, optaron por hacer caso omiso de ellas cuando no a abordarlas con los recursos tradicionales como si nada nuevo hubiera en ellas. No obstante, el vértigo, la velocidad con la que se instalaron las nuevas tecnologías produjeron, si, cambios significativos en las subjetividades de lo que hasta ahora habíamos conocido como cultura "textual" o cultura "letrada", solo que esos cambios no fueron acompañados con la misma agilidad por los desarrollos teóricos del psicoanálisis y de las teorías pedagógicas. Más bien, parecería ser que las innovaciones culturales han reforzado

los dispositivos más convencionales, las respuestas más reaccionarias, desplazando los problemas referidos al sujeto psíquico desde el campo del psicoanálisis al campo ampliado de la medicina; ubicando -reubicando- al sujeto -ahora en calidad de cerebro- dentro de la neurología o, en el mejor de los casos, dentro del cognitivismo.

En nuestro país, la masa crítica del psicoanálisis que supo tomar el trauma individual y social de los “años de plomo” como desafío para promover una producción original, innovadora y fundante a nivel mundial, quedó tributaria de una posición sino conservadora al menos poco fecunda y retardataria cuando se vio obligada a tomar posición frente a los cambios culturales que las nuevas tecnologías impusieron. Las computadoras, las diversas consolas para videojuegos, los teléfonos celulares, se colaron en las sesiones a disgusto de los analistas que las registraron más como molestia que como significantes de una cadena a interpretar; más como evidencia resistencial que como material transferencial. Y los analistas de niños, acostumbrados a navegar por el discurso oral, gráfico, lúdico, gestual y escritural de los pibes a bordo de una estructura basada en la narrativa de la representación, tendieron a clausurar la cuestión con recursos psicológicos, semióticos y lingüísticos convencionales como si nada nuevo hubiera en los videojuegos; se conformaron con someterlos a los instrumentos que fueron eficaces para los juegos que le precedieron haciendo caso omiso a su potencia interactiva aplanando, justamente, aquello que los videojuegos aportaban como novedoso. Los analistas de niños, acostumbrados a aproximarse al juego como relato con personajes que interactúan de acuerdo a reglas estrictamente pautadas y de gran poder identificatorio, quedaron prisioneros del concepto de representación que les impidió acceder a la potencia teórica de la simulación; aquella a la que hace

ya muchos años atrás apelaba Gianfranco Bettetini (1990) cuando propuso el “establecimiento semio-pragmático del concepto de simulación”.

Los analistas de niños eligieron inscribir a las nuevas tecnologías como golosinas digitales que se oponían a la buena dieta cognitiva. Tradicionalmente se entendía que la dieta cognitiva³ estaba compuesta por matemáticas, lengua, historia, geografía y algunas asignaturas más a las que, con el tiempo se les fueron agregando otras: inglés, computación. Estas asignaturas debían mantener entre sí un porcentaje adecuado para garantizar una adecuada formación. La dieta cognitiva como la dieta alimenticia hecha en base de hidratos de carbono, proteínas, grasas, minerales y vitaminas permitía -toleraba, más bien- en dosis justas, a las golosinas. Porque sobre las golosinas era fundamental estar alerta. Son ricas, ninguna duda cabe que más ricas que la comida tradicional, pero, ya se sabe, las golosinas en exceso hacen daño, engordan y no alimentan, desvían el apetito y compiten con las comidas. Cuantas más golosinas, menos comen a la hora de la cena. De manera tal que...pocas, y alejadas de las comidas. Si acaso, como premio después de haber aceptado sin chistar todo lo que antes se les ofreció.

Pues bien, anticipo desde ya que la actitud de muchos psicoanalistas con respecto a las nuevas tecnologías ha sido, casi siempre, semejante a la posición que sostienen los adultos con respecto a las golosinas. Las conceden, las aceptan, las permiten siempre y cuando no atenten contra la buena alimentación. Es lo que

³ Piscitelli, A. (2009). *Nativos Digitales. Dieta cognitiva, inteligencia colectiva y arquitecturas de la participación*. Aula XXI. Buenos Aires. Santillana.

sucede con los videojuegos, el chat, la *play* o la televisión. Hay que dosificarlas, alejarlas del estudio, permitirles como premio después de haber cumplido con los “deberes” y garantizar que no se consuman en exceso por que puede indigestarlos. Su poder adictivo funciona como una amenaza.

Si en un principio la tendencia de los psicoanalistas de niños fue la de hacer caso omiso a los videojuegos, como si nada nuevo aportaran, poco después esta posición dejó lugar a todo tipo de recelos y reparos. Rechazo que se justificaba por la violencia que supuestamente reforzaban y que se expresaba en consejos a los padres para que limiten su uso, basados en el riesgo potencial de ocupar el sitio de honor que tenía el libro en la cultura textual; prohibición de incorporarlos al ámbito de la sesión de análisis; autorización explícita o implícita de castigos parentales basados en la amenaza de expropiación del aparatito o del tiempo disponible para jugar con ellos...

Mantener el celular apagado durante la sesión se convirtió en una demostración de respeto y, por el contrario, usarlo o concurrir portando su *gameboy*, en una impertinencia que atentaba contra el tratamiento. Como si el celular fuera solo eso, un teléfono celular, y no lo que es hoy en día, un aparatito multifunción que sirve tanto para dar la hora, para navegar por el ciberespacio, para mantener conversaciones multilingües, para progresar en los videojuegos y tantas cosas más. Así como a ningún analista kleiniano se le hubiera ocurrido jamás castigar a un niño privándolo de su cajón de juguetes por haber tenido fantasías o juegos “impropios”, las consolas y los videojuegos se convirtieron en el recurso privilegiado para amenazar y subordinar a los niños en función del supuesto poder transgresor que promovían.

De todos modos...batalla perdida: las nuevas tecnologías se incluyeron en las sesiones de análisis -en la vida misma de los niños-avaladas, esta vez, nada más y nada menos que por el sistema educativo, tan conservador siempre, que ahora no solo las toleraba, sino que las distribuía.

En esta segunda etapa, con las consolas, los celulares y/o las computadoras (aportadas por los analistas o introducidas por los chicos) dentro de la sesión de análisis, poco es lo que cambió. La estrategia mayoritaria fue la de abordarlos con los recursos convencionales quitándole la condición de acontecimiento y leyendo la afición a los videojuegos casi exclusivamente como campo privilegiado para que los chicos -varones, en su gran mayoría- desplieguen su obsesiva compulsión a ganar, la insaciable competencia y rivalidad fálica y, claro está, siempre con el Edipo por detrás.

Recién en esta tercera etapa se le hizo algún lugar a la evidencia de que no se trata de incluir un atributo a lo existente, sino que estamos asistiendo a cambios culturales que implican nuevas subjetividades; innovaciones que desafían las prácticas y las disciplinas tal cual las hemos conocido hasta ahora. Recién en esta tercera etapa se le hizo lugar a la evidencia de no estar ante invenciones tecnológicas que, en el mejor de los casos, deberían ser aceptadas e incluidas en el análisis, sino que participamos de una transformación cualitativa que tiene a los nativos digitales como protagonistas y, a nosotros, como analfabetos carentes, hasta ahora, de recursos teóricos para abordarlos.

Antes afirmaba que, a diferencia del carácter bidimensional que caracteriza al análisis de adultos, el análisis de niños era tridimensional; que en el análisis con niños aparecía una geografía,

una espacialidad que le es ajena a la sesión con un adulto. Pues bien, a partir de los videojuegos el análisis de niños se desplazó del espacio “real” al ciberespacio y se ubicó en otra realidad de ficción: una realidad virtual de ficción. Allí los personajes, el contexto, los eventos que organizan el juego y construyen su argumento no han perdido su condición de relato, sólo que en los videojuegos esos elementos no aparecen tejidos en narrativas fijas, ni estructurados como cuentos, ni hilvanados en una secuencia temporal inequívoca y uniforme. En los videojuegos la narrativa clásica no ha desaparecido del todo, permanece y, por momentos, hasta puede subordinar al resto de operaciones lógicas, pero es una más entre una multitud de interacciones; a veces, la menos importante⁴. Si durante el juego tradicional de una sesión de análisis, niño y analista son actores de un juego cuyo guión fue escrito en transferencia, ahora, en el videojuego, los niños se transforman en autores, productores no de guiones, pero sí de experiencias informáticas.

La vía regia para el aparato psíquico

Si como Freud dejó marcado a fuego, los sueños (el relato de los sueños) son la vía regia hacia el conocimiento de lo inconsciente, los videojuegos se postulan como la vía regia para el conocimiento de todo el aparato psíquico.

⁴ Son esos momentos, donde la mirada sesgada del adulto que solo repara en la narrativa del juego, puede atribuirle una intencionalidad que le es ajena al niño. El prejuicio del adulto puede interpretar una fantasía criminal edípica allí donde el niño está operando con variables y solo aspira a superar un obstáculo.

Los videojuegos se inscriben en una época donde la complejidad, la multiplicidad, lo heterogéneo, lo aleatorio, la inestabilidad, la fragmentación, la redefinición del entorno y de las identidades reinan en la vida y en el paisaje cotidiano. Porque los niños de la cibercultura son así: aman la velocidad cuando de lidiar con la información se trata. Les encanta hacer varias cosas al mismo tiempo, y casi todos ellos son *multitasking* y en muchos casos multimedia. Viven hiperconectados. Pueden oír su música preferida⁵ por los auriculares del *iPod* al tiempo que estudian en un libro la lección de historia con la tele prendida, jugando a la *play*, mandando mensajes por el celular, buscando información en la tableta de pantalla táctil⁶, chateando con medio mundo y comiendo pizza. Prefieren el universo gráfico al textual (aunque se la pasen leyendo y escribiendo como expertos mecanógrafos, o con los pulgares en el celular, a una velocidad increíble). Eligen las experiencias informáticas en lugar de la narrativa lineal. Funcionan mejor cuando operan en red y, lo que más aprecian, es la gratificación constante y las recompensas permanentes que, por lo general, los incitan a desafíos de creciente complejidad. Pero, por sobre todo, prefieren jugar antes que estudiar. Su alimento verdadero son las golosinas digitales. Aman los videojuegos, esos videojuegos que poco y casi nada tienen que ver con los juegos de reglas convencionales. Aún así, a no desesperar: los videojuegos no han llegado para desplazar a los juegos “reales” y a ocupar su lugar. Los niños juegan y transitan de unos a otros, circulan entre los juegos deportivos (nunca antes tantas niñas habían sido convocadas a participar en actividades físicas como

⁵ Que generalmente se desplaza por un repertorio de géneros incommensurable.

⁶ Claro está que me refiero a niños alfabetizados. No obstante, remito al video de Youtube *A magazine is an iPad that does not work* donde puede verse a una niña de menos de un año frustrada ante una revista y “sin entender” porque la imagen no responde a la presión de sus dedos como lo hace la pantalla táctil de su *iPad*

en esta época), los juegos convencionales con juguetes “reales” de consistencia material (nunca antes se habían vendido tantos *legos* y todo tipo de juguetes, disfraces, cartas, etc.), la lectura tradicional (nunca antes hubo tantos *best-sellers* de literatura infantil) y los juegos virtuales. No obstante, la materialidad del juego “real” y la condición virtual, inmaterial del juego en la pantalla...hacen la diferencia. Así, rescatar a los juegos de sus soportes materiales, incluso liberar a las computadoras de los escritorios y a los teléfonos de los enchufes, ha traído consecuencias más trascendentes de las que imaginábamos en un principio: ayudó a cumplir ese destino rizomático que anticipó Deleuze; permitió plasmar ese sujeto nómade que imaginó Rossi Braidotti.

Un abismo separa a los videojuegos de los juegos tradicionales. Acceso rápido: mientras nosotros, adultos de la modernidad, concebíamos un orden que consistía en conocer primero las reglas del juego para jugarlo después, quienes tienen una consola, un monitor o una pantalla a disposición de un teclado, un *joystick*, o una pantalla táctil, lo juegan primero -se sumergen en el juego- de modo tal que *la regla del juego aparece al final* como un subproducto del propio jugar. Más aun, son frecuentes los casos en los que los niños construyen sus propias reglas o las cambian a despecho de los programadores⁷. Si una gradualidad insensible preside el pasaje de *gamer* a *programer*, un abismo separa a los videojuegos de los juegos tradicionales. Mientras los juegos convencionales tienen un principio y un fin, los videojuegos defraudan nuestras costumbres por su indeterminación y su apertura infinita. Lejos de quedar clausurados por una estética de la representación, hacen caso omiso de la lógica

⁷ En *Final Fantasy XIV* el método utilizado para ejecutar cualquier acción en la versión de *PlayStation 3*, se puede personalizar los botones a gusto del jugador en varias combinaciones de botones.

que preside la narrativa clásica; aunque tengan un comienzo aparente, pueden ser tomados en cualquier momento y abandonados en cualquier otro para dejar bien en claro que no tienen fin. Durante la ejecución del videojuego se transita un camino que guarda semejanza con la experiencia de habitar un hipertexto⁸: el circuito es irrepetible y quién lo juega está siempre abierto a lo azaroso; aquí lo que está en juego es la posibilidad infinita de tramas que jamás se repiten y que van cambiando no ya el argumento, el recorrido lineal del juego, sino las leyes que presiden la construcción del juego. Lo que juegos como estos logran al convertir a cada chico en protagonista es "sentir" qué se juega en cada acción, los riegos, las emociones, los peligros y las consecuencias de cada acto individual, evaporado por el carácter virtual del mismo. Los chicos matan, ganan o pierden, estrellan vehículos, dan vida a civilizaciones enteras, derrotan ejércitos, construyen universos "total, no pasa nada". Total, todo pasa sin que pase nada.

El impacto revelador que tuvo *La vida en pantalla*, Turkle (1979), se basó en la afirmación de las vertiginosas experiencias identitarias incitadas por la experiencia lúdica. En otras palabras: los videojuegos acentúan, autorizan y promueven el tránsito por una inconmensurable opción de identificaciones algunas de las cuales ya estaban en el inconsciente como rasgos reprimidos, pero, otras, son enteramente novedosas. La vida virtual del videojuego autoriza a los niños a una desenvoltura, a un despliegue que en la vida real aparece inhibido o reprimido. De ahí, el beneficio terapéutico de los videojuegos que se hace evidente cuando afecta las identidades fijas para hacerle lugar a las seudonimias y a las simulaciones; cuando le hace lugar a una multiplicidad de rasgos alternativos al sí mismo,

⁸ En *El jardín de senderos que se bifurcan* Borges imagina un libro infinito y simultáneo. Allí donde en los textos de ficción -al estilo de "elige tu propia aventura"- una vez tomado un camino quedan descartados los demás, aquí el autor adopta todas las soluciones al mismo tiempo.

cuando explora las caras ocultas del Yo (Robin, 2012). Los videojuegos intervienen aligerando el peso de los mandatos superyoicos y contribuyendo a la plasticidad del Yo.

No obstante, no se trata -o, no sólo se trata- de interpretar el sentido del juego o la identificación del niño con tal o cual rasgo de un personaje, sino de aceptar la invitación a sumergirnos junto al niño en un océano de significantes que se asemeja mucho a un hipertexto inconsciente en el nadamos a partir del despliegue de una amplia gama de recursos yoicos, sofisticadas operaciones lógicas, barrocas estrategias intelectuales y el dominio de complejísimas variables. Si antes afirmé que la interpretación destinada al saber inconsciente no tiene porqué impedir que le prestemos atención a las "falsas teorías"; a esas explicaciones con las que los niños intentan dar cuenta del mundo y de su relación corporal con ese mundo diré, ahora, que también me interesan las ideas, los dispositivos intelectuales y las estructuras cognoscitivas que les permiten lidiar con los obstáculos que en el devenir del videojuego se les presentan; lidiar con esos obstáculos...y superarlos.

Nadie ignora que el niño, a la hora de jugar, es siempre una figura activa, pero eso no tiene porque impedirnos aceptar que los videojuegos reclaman una actividad adicional del jugador: algo de la interactividad del jugador con el juego interviene en el tránsito de consumidor a productor de contenidos aun en aquellos videojuegos cuya estructura se presenta altamente prediseñada y estrictamente pautada. Kurt Squire (2011) investigó la manera en que se apropiaban de los videojuegos (*Civilization III* y *Age of Empire*) pibes de poblaciones marginales que abominaban de la historia impartida en la escuela, y se encontró con la sorpresa de que la mayoría de esos pibes no le habían prestado atención a los juegos hasta que descubrieron que podían "ganarlo" adoptando la visión de los vencidos (africanos o indios). Poniendo en juego la lógica de "¿Qué hubiera pasado si...?" esos pibes crearon escenarios de historia

virtual (¿qué hubiera pasado si la viruela utilizada como guerra bacteriológica por los españoles no hubiese borrado del mapa a cerca de 80 millones de nativos en el escaso lapso de un siglo?) que atraparon sus intereses y los rescataron para la producción intelectual⁹.

Entonces, si los videojuegos -el primer medio de simulación de masas- implican un cambio de paradigma en la cultura; si los videojuegos son la vía regia para el conocimiento de todo el aparato psíquico, tal vez ha llegado la hora para que los psicoanalistas empecemos a construir instrumentos y a crear herramientas que nos permitan entender algo de lo que pasa en la vida virtual; eso que pasa y que va transformando la manera de pensar de los niños e introduciendo cambios en su “segunda naturaleza” si es que no nos atrevemos a afirmar la metamorfosis del inconsciente. (Adorno, 1993) Por eso, me resisto a reforzar la polémica acerca de si los videojuegos contribuyen, o no, a producir o promover estructuras psicopatológicas adictivas, transgresoras, misóginas o violentas, y propongo desplazar la cuestión acerca del impacto que la multiplicidad de operaciones lógicas tiene en el aparato psíquico del niño; en la reconfiguración de los vínculos entre el Yo, el Superyo y el Ello.

⁹ La visita al Museo del Holocausto en Washington comienza con la entrega de un documento de identidad. Uno recorre el museo con el documento de identidad de un prisionero que murió en los campos y puede, así, al pasar por el vagón del tren de la muerte, tener idea de su dimensión y de lo que puede haber experimentado un condenado a muerte. Pero no puede alterar la historia ni incorporarse al levantamiento del Ghetto de Varsovia, ni incluirse en la lista de Schindler. Cosa que si pasa en los videojuegos. Uno puede transformar la historia y modificar el desenlace.

Capítulo 6

Colgados y conectados

*“Tenía veinte años y no voy a permitir que alguien diga
que es la edad más hermosa de la vida”*

Paul Nizan

Hasta ahora, casi todos los trabajos académicos y los ensayos psicoanalíticos referidos a las adolescencias, se han dedicado a denunciar de una manera u otra, los riesgos que corren los jóvenes, los peligros que acechan tanto a las pibas como a los pibes, y se han detenido muy especialmente en describir la hostilidad que caracteriza al sistema capitalista en esta etapa de globalización neoliberal, señalando a veces los aspectos más sociológicos del problema; otras, las determinaciones culturales, cuando no, la singularidad epocal de los vínculos familiares o la constitución del aparato psíquico en ese particular momento del ciclo vital.

No obstante, la contribución -ineludible- a visualizar los riesgos que se ciernen sobre quienes transitan la adolescencia no tiene por que hacernos olvidar, si de ciclo vital hablamos, los peligros a los que están sometidos las niñas y los niños, los ancianos, las mujeres y, sobre todo, aquellos adultos jóvenes y sanos que nutren el ejército de desocupados que vagan sin destino por las grandes urbes. De modo tal que aspiro a eludir, aquí, el riesgo personal de quedar tributario de conceptos que, con la mejor intención de sensibilizar a

los lectores acerca de la situación actual de las y de los adolescentes, con la mejor intención de actualizar los riesgos que penden sobre la adolescencia, sirvan para estigmatizarlos y para encubrir la dimensión política de la cuestión que, hasta que alguien me convenza de los contrarios, estará determinada por la lucha de clases.

Decía que, hasta ahora, casi todos los trabajos académicos y los ensayos psicoanalíticos referidos a la adolescencia, se han dedicado a denunciar los riesgos que corren los jóvenes, y se han detenido muy especialmente en describir la hostilidad que caracteriza al sistema capitalista en esta etapa de globalización neoliberal. Una clara operación ideológica que, en su afán por encontrar una relación causal entre situación familiar y riesgo adolescente, reforzó las estructuras más convencionales del patriarcado y tendió a naturalizar los efectos de la globalización, nos vino del norte. En la década de los 90 se impuso una sentencia que funcionó casi como profecía: “nos conducimos hacia una sociedad sin padres”. La noción de una “sociedad sin padres” se debió al trabajo de investigación que realizaron Sara McLanahan (Princeton University) y Gary Sandefur (University of Wisconsin), cuyos resultados fueron publicados en el libro *Growing Up with a Single Parent* en 1994. Este trabajo de investigación se basó en un seguimiento de más de 70.000 adolescentes y adultos jóvenes de ambos sexos a lo largo de casi 20 años. Allí se estudiaron las siguientes variables:

- 1) riesgo de interrumpir estudios secundarios
- 2) riesgo de permanecer sin estudiar ni trabajar por períodos prolongados
- 3) riesgo de embarazo en la adolescencia

En aquella oportunidad se compararon dos muestras: una, de adolescentes que crecieron con un padre presente; otra, de adolescentes que crecieron con el padre ausente. Es necesario

aclarar, aquí, que se neutralizó, estadísticamente, el efecto de variables como raza, sexo, nivel de educación de la madre, número de hermanos, lugar de residencia y nivel socioeconómico. Los resultados obtenidos fueron:

- a) el riesgo de permanecer sin estudiar ni trabajar por períodos prolongados es un 50% más alto para jóvenes que crecieron sin su padre,
- b) el riesgo de interrumpir estudios secundarios es un 100% más alto, y
- c) el riesgo de embarazo en la adolescencia es, también, un 100% más alto.

Es importante destacar que el creciente de riesgo para estas tres variables no aparece en el caso de muerte del padre.

Se concluyó, entonces, que la ausencia del padre es un factor de riesgo en lo que hace al proceso de transición que comienza en la adolescencia y termina con una inserción exitosa en la comunidad, lo que podríamos llamar proceso de emancipación individual.

En un trabajo de investigación similar al de McLanahan y Sandefur, Duncan Timms (University of Stockholm, 1991) realizó un seguimiento de todos los niños nacidos en Suecia en 1953, durante 18 años. Se le hizo un psicodiagnóstico a cada uno de estos 15.000 niños en intervalos regulares. La conclusión fue sorprendente: quienes presentaron un grado mayor de disfunción psicológica fueron los varones nacidos de madre soltera que crecieron sin padre.

Convergentes con estas evidencias fueron los resultados de un seguimiento de más de 17.000 menores de 17 años que realizó en los EE.UU. el National Center for Health Statistics (1988. National Health Interview Survey of Child Health): el riesgo de disfunción psicológica (problemas emocionales y/o de conducta) es significativamente más

alto para niños que han crecido sin padre: entre 2 y 3 veces más alto (Dawson, 1991).

Por su parte, Ronald y Jacqueline Angel, investigadores de la Universidad de Texas, publicaron un trabajo, en 1993, donde evaluaban todos los estudios cuantitativos que tenían en cuenta los efectos de la ausencia paterna. Allí afirman: "El niño que crece sin padre presenta un riesgo mayor de enfermedad mental, de tener dificultades para controlar sus impulsos, de ser más vulnerable a la presión de sus pares y de tener problemas con la ley. La falta de padre constituye un factor de riesgo para la salud mental del niño" (Angel & Angel, 1993).

Poco después, nada muy diferente nos llegó de Francia. El *Baromètre Santé Jeunes National de l'Inpes (Institut National de Prévention et D'éducation Pour la Santé)* a partir de una amplia muestra de jóvenes entre 12-25 años llegó a la conclusión que la calidad de vida de las y de los adolescentes que viven con sus padres biológicos o adoptivos es francamente más ventajosa que la de aquellos que provienen de familias monoparentales o ensambladas. Esto fue retomado por David Le Breton y Maren Ulriksen de Viñar en el 2003.

Cuando antes afirmé que la operación ideológica centrada en encontrar una relación causal entre situación familiar y riesgo adolescente tendió a encubrir la necesidad de reforzar las estructuras más convencionales del patriarcado y la inocencia de los efectos de la globalización, me refería a esto mismo. Si la ausencia del padre produce adolescentes en riesgo, se supone, entonces, que la presencia del padre garantiza adolescentes seguros. ¿Es esto así? ¿Y las cifras crecientes y alarmantes de abuso sexual y de ataques incestuosos paternofiliales? Si la ausencia del padre produce adolescentes en riesgo ¿A qué se debe esa ausencia?

Veinte años después de haber publicado *La reproducción de la maternidad*, ese libro antológico, Chodorow (2012) reformuló algunos de los conceptos que había expuesto allí. Aunque la propuesta inicial podía ser muy interesante -claro está que los varones debemos involucrarnos en la crianza de nuestras hijas y de nuestros hijos- al sostener el cumplimiento de los “roles asignados” por el patriarcado, Chodorow (2012) reconoció que la convalidación de la parentalidad compartida hacía caso omiso de las transformaciones en la subjetividad de las mujeres; subjetividad más plena; logros que sus propias teorías había contribuido a instalar.

Entre su apelación a la parentalidad compartida y lo que podríamos llamar una novedosa psicología femenina se erguía un antagonismo insoslayable. Si uno pretende respetar el deseo del otro, si uno pretende considerar el sujeto psíquico con sus sentimientos, sus fantasías, sus significados individuales, no es posible legislar desde el exterior y proponer (más que proponer, imponer) una solución basada en una teoría de la igualdad política.

En esta dirección Nancy Chodorow reflexionó acerca de los deslizamientos en que había incurrido producto del momento inicial de la teoría: “No quiero decir (dijo) que muchas madres no deseen compartir la parentalidad, ni tampoco que no tenga sentido el llamado para promover un mayor compromiso de los varones en la vida de los niños... Por cierto, que no estoy diciendo que los hombres no puedan o no deban cuidar de los niños o participar en la crianza. Más bien, me doy cuenta de que mi apelación por una parentalidad igualitaria, en tanto fue sustentada por la relación que establecí entre el ejercicio de la maternidad por parte de las mujeres y la dominación masculina, resultó ser contradictoria con mis relatos acerca de la subjetividad maternal... Por eso, y como reconocimiento feminista del carácter central que tiene el reino de la realidad psíquica, no debería haber presentado de modo simple una demanda a favor de

la parentalidad compartida como objetivo, un objetivo que no sólo ignora las identidades de muchas mujeres y sus deseos, sino que ha sido capitalizado para apoyar el reclamo de los padres. Más bien, concluye Chodorow (Op.cit), debería haber enfocado mis planteos sobre una variedad de objetivos sociales y de apoyos políticos e institucionales, que estimularan a las madres para criar a sus hijos sin renunciar a una vida plena.”

El problema, entonces, no es el padre. El problema reside en el Otro; en las marcas que ha dejado en el inconsciente la relación con el Otro. Si la constitución del sujeto psíquico se erige sobre la herida que dejó abierta el desamparo original del bebé frente a la mamá o a los adultos responsables de la vida o de la muerte, la situación de extrema indefensión social, la experiencia de inermidad por la que transitan los adolescentes no hace otra cosa que reabrir la marca que el Otro grabó en ellos y, de esta manera, los predispone a quedar subordinados al Poder. Así, en una sociedad como la nuestra, dominada por un proyecto de exterminio, el discurso del Otro absoluto se inscribe en el inconsciente de esas pibas y de esos pibes como deseo de muerte y frecuentemente se expresa a través de acciones destructivas hacia los demás y hacia ellos mismos. Violencia ejercida, violencia padecida, da lo mismo porque en esos adolescentes se borra el límite entre víctimas y victimarios. Ese Otro incorporado en el seno de lo propio explica la destructividad, pero, sobre todo, la auto destructividad que los habita. Esa indefensión original los predispone, decía, a quedar subordinados al Poder, y el Poder exige sacrificios: sacrificios humanos. El Poder exige sacrificios, pero, además, busca el consenso. Es muy probable que el operativo de instalar en el imaginario social la figura de adolescentes violentos y peligrosos encubriendo las causas que los generan no sea una acción tan neutra ni tan inocente como pudiera creerse. Bajar la edad de imputabilidad es una medida que requiere iniciativa y, mucho

más, aceptación. Esos jóvenes a los que les espera una temporalidad sin futuro y una desafiliación marcada por la exclusión del trabajo y la falta de inscripción en formas estables de sociabilidad; esos adolescentes, víctimas de la reconversión neoliberal de la economía mundial, tienen muy mala prensa y son objeto de una verdadera campaña difamatoria por parte de los medios de comunicación de masas a la que contribuyen, muchas veces, los “expertos”; esos jóvenes son visualizados por el grueso de la población como “negrito violento, villero y drogadicto” perteneciente a una “clase peligrosa”. Y, a la “clase peligrosa”, ya se sabe, le espera encierro, “mano dura”, y leyes muy severas.

El problema, entonces, no es el padre. El problema reside en el Otro. Más, aun: el problema reside en que la nuestra tiende a ser una cultura sin Otro. Al menos, sin un Otro simbólico ante quien el sujeto pueda dirigir una demanda, hacer una pregunta o presentar una queja. La nuestra tiende a ser una cultura colmada por Otros vacíos, tal como señala Dufour (2007a). No hay un Otro en la cultura actual y todavía está por verse si el Mercado reúne las condiciones de dios único, capaz de postularse para ocupar el lugar vacante que el Otro tuvo en la modernidad. (Dufour (2007b). Más bien parecería que los nuevos tipos de dominación remiten a una “tiranía sin tirano”¹ donde triunfa el levantamiento de las prohibiciones para dar paso a la pura impetuosidad de los apetitos. El capitalismo ha descubierto -y está imponiendo- una manera barata y eficaz de asegurar su expansión. Ya no intenta controlar, someter, sujetar, reprimir, amenazar a los adolescentes para que obedezcan a las instituciones dominantes. Ahora, simplemente destruye, disuelve las instituciones de modo tal que las pibas y los pibes quedan sueltos, caen blandos, precarios,

¹ Arendt, H. (1972). *Du mensonge a la violence* París. Calman Levy.

móviles, livianos, bien dispuestos para ser arrastrados por la catarata del Mercado, por los flujos comerciales; listos para circular a toda prisa, para ser consumidos a toda prisa y, más aún, para ser descartados de prisa, como ya Virilo refirió en el 2000. La cultura actual produce sujetos flotantes, libres de toda atadura simbólica: “colgados”.

Si mi afirmación tuviera algo de verdad, si no hay Otro en la cultura actual, el desafío que se abre a las puertas del análisis, adquiere un valor definitivo porque lo que se juega allí es, justamente, la posibilidad de sostener un espacio de resistencia al desmantelamiento simbólico; una invitación a resistir el arrasamiento subjetivo; la propuesta a darse un tiempo-todo el tiempo necesario-, a pagar un precio -casi siempre alto aunque la gratuidad del servicio hospitalario a veces tiende a disimularlo- para tomar distancia del vértigo indetenible de los flujos consumistas; paradójicamente, a consumir psicoanálisis para poner distancia respecto de los imperativos que los pretenden productivos, eficaces, exitosos, acrílicos y líquidos.

Si como afirmaba antes y en coincidencia Dufour (2007a), con la nuestra tiende a ser una cultura colmada por Otros vacíos, no es difícil aceptar que hay variadas adolescencias, que no existe una adolescencia -o, al menos, que no existe una adolescencia hegemónica- y que todo se reduce a la singularidad de cada una y cada uno de los adolescentes.

Decía que, hasta ahora, casi todos los trabajos académicos y los ensayos psicoanalíticos referidos a la adolescencia se han dedicado a denunciar los riesgos que corren los jóvenes. Eso contribuyó a instalar en el imaginario social una figura paradigmática de

adolescentes en riesgo;² adolescentes responsables de nuestra inseguridad. Entonces, a continuación, voy a referirme a las y a los especialistas en adolescentes en riesgo.

Tal vez no podamos referirnos a una adolescencia, pero sí podemos aludir a una fragmentación de universos simbólicos que conforman un cuadro de múltiples adolescencias. Tal vez no podamos referirnos a una adolescencia cuya ética y estética subordine a las demás, pero eso no tiene por que autorizarnos a hacer caso omiso acerca de una cultura dominante, aunque esa cultura sea la de la parcialidad y la fragmentación. Es imposible ignorar que nos ha tocado vivir un período trascendente en la historia de la humanidad; momento en que las innovaciones tecnológicas están impactando en el sistema educativo, en la vida misma, como nunca antes había sucedido. O, al menos, como desde la invención de la imprenta, desde Gutenberg, no había sucedido. Y la cuestión no se clausura ahí. Quiero decir: antes que asistir a la incorporación de novedades tecnológicas estamos asistiendo a cambios culturales. Hemos pasado de una cultura textual organizada en función de la lectoescritura -libro, papel y lápiz-, a la cultura de la imagen que, a su vez, rápidamente, le dejó lugar a la cibercultura. (Piscitelli, 2009) Entonces, de lo que aquí se trata es de la cibercultura y de los sujetos que la protagonizan: nosotros, los inmigrantes digitales, “expertos” en adolescentes que aun no hemos desarrollado los instrumentos teóricos ni las herramientas epistemológicas con las que podamos

² Cuando David Le Breton (2003) reflexiona sobre los adolescentes en riesgo, no cabe duda que tiene como figura presente a esos jóvenes magrebíes o de familias magrebíes de “barrios de exilio” que incendian automóviles en París y no a los adolescentes sobreadaptados al sistema que “se portan bien” y consumen objetos de marca; esos “aparatos” mecánicos que responden sin chistar a los mandatos familiares y exigencias institucionales...soldaditos del Mercado soldados a los ideales burgueses.

teorizar acerca de los procesos y las operaciones lógicas desplegadas por los “nativos digitales”³.

Por que ocurre que hoy en día, los adolescentes se definen más como usuarios que como aprendices. Se caracterizan más por las operaciones que pueden llegar a hacer con el flujo de información que reciben, que por el sentido que les encuentran a los textos que se le ofrecen. De modo tal que, transformados en usuarios, las pibas y los pibes no interpretan textos, no leen ni descifran, no incorporan algo que en el futuro puede llegar a servirle; solo operan, generan estrategias operativas –muchas veces extremadamente barrocas y complejas-- para que la marea de información se le vuelva habitable.

Con el éxito editorial de Harry Potter, ante la avalancha de best-sellers para niños, con la familiaridad del chat y de los mensajes de texto por los celulares, con la popularidad de Twitter, quienes pensaban que la lectoescritura estaba agotada y había cumplido su ciclo en la historia de la humanidad, volvieron a respirar. Claro está que el nuevo género literario de mensajes usados por los pibes rápidamente transformó los suspiros de alivio en gritos espantados ante la perversión de la lengua, pero aun así, es inevitable aceptar que, al menos, leen y producen textos. Escriben y....leen. Pasan el día, y muchas veces las noches, leyendo y escribiendo.

Pero la lectura de los usuarios nada tiene que ver con la lectura de los alumnos. En los alumnos la lectura tiene una ventaja jerárquica por sobre otros estímulos informacionales. En los alumnos la lectura

³ La tendencia a clausurar la cuestión con recursos psicológicos, semióticos y lingüísticos convencionales como si nada nuevo hubiera en los videojuegos, por ejemplo, analizarlos con los instrumentos que fueron eficaces para los juegos que le precedieron haciendo caso omiso a su potencia interactiva, podría llevarnos a aplanar justamente aquello que los videojuegos aportan como novedoso.

deja marcas que perduran y que reaparecen, investidas, resignificadas o expulsadas a lo largo de la vida del sujeto. En cambio, para los usuarios, leer es una acción destinada a producir imágenes. Es apenas un medio para un fin, una más entre las múltiples operaciones de recepción del hipertexto que junto a las películas, los sitios de Internet, los afiches, los juegos de cartas, los disfraces, contribuyen a la producción de imágenes propias que son usadas para competir con la abrumación de imágenes aceleradas, estímulos publicitarios que los bombardean y amenazan saturarlos. Así, las pibas y los pibes de la cybercultura transitan como esquiadores sobre el agua. Se desplazan a toda velocidad intentando con las imágenes propias que, no sólo, pero, también, les brinda la lectura, reducir la aceleración. Si se detienen, colapsan agobiados: el aburrimiento se apodera de ellos.

Porque los nativos digitales aman la velocidad cuando de lidiar con la información se trata. Les encanta hacer varias cosas al mismo tiempo, y casi todos ellos son *multitasking* y en muchos casos multimedia. Viven hiperconectados. Pueden oír la radio al tiempo que estudian en un libro la lección de historia con la tele prendida, jugando a la play, hablando por el celular, chateando con medio mundo y comiendo pizza. Prefieren el universo gráfico al textual. Eligen el acceso aleatorio e hipertextual en lugar de la narrativa lineal. Funcionan mejor cuando operan en red y, lo que más aprecian, es la gratificación constante y las recompensas permanentes que, por lo general, los incitan a desafíos de creciente complejidad. Pero, por sobre todo, prefieren jugar antes que estudiar. Su alimento verdadero son las golosinas digitales y no los alimentos convencionales. Pueden hackear la computadora más sofisticada por la noche y, por la mañana, reprobar el examen más sencillo de matemáticas.

Entonces, la elección es clara: o los inmigrantes digitales nos decidimos despojarnos de nuestros prejuicios o los nativos digitales deberán retrotraer sus capacidades cognitivas e intelectuales a la que predominaba dos décadas atrás. Por que lo que aquí está en juego es un cambio cultural. Ya no se trata de reformatear viejos hábitos de pensamiento y contenidos preestructurados aligerándolos con el lenguaje de las imágenes y la fluidez multimedial, sino de algo mucho más complejo y sutil. A saber: reconocer y recordar que forma y contenido están inextricablemente unidos y que, si bien el buen sentido y los talentos tradicionales no están en cuestión, lo que sí está en cuestión es que las operaciones lógicas no pueden plantearse en contraposición a la aceleración, al paralelismo, a la aleatoriedad y a la atribución diversificada del sentido.

Nuestros adolescentes no conforman una masa dispuesta a cambiar el mundo. Al menos, no todos. Sin embargo, las múltiples subculturas adolescentes, las “tribus urbanas”, molestan e interrumpen la tranquilidad con sus exabruptos violentos, con sus impertinencias estéticas, con su indiferencia hacia los sagrados valores de la cultura. Le meten miedo al pequeño burgués; perturban a los adultos de clase media y de clase alta que administran la cultura hegemónica. Esas pibas y esos pibes que se cortan solos⁴ (en el sentido literal y metafórico de “cortarse solos”), y que vienen armados de celulares conectados a Internet no pretenden tomar el Palacio de Invierno, pero merodean el Palacio Pizzurno⁵ (ya se sabe: los celulares en manos de nativos digitales pueden convertirse en

⁴ Sacring kids

⁵ Sede del Ministerio de Educación de la Nación.

armas de un poder incalculable⁶). Se juntan allí (o en la puerta de las catedrales del consumo⁷) por empatía diríamos, por simpatía, comparten uniformados una apariencia, un ambiente emocional, pero no configuran un sujeto histórico alentado por un objetivo a cumplir. Y, aun así, incomodan: dejan bien en claro que son “otros”, que un abismo cultural los separa del mundo convencional que los rodea, que una barrera cognitiva tan transparente como infranqueable nos separa de ellos.

Esa generación dispuesta a cantar presente en este mundo, que reivindica su legítimo derecho a hacerse ver, a ser oída y no odiada; que aparece bizarra y precaria, disfrazada de oso panda a veces, otras de Marilyn Manson, cabalgando un sentimiento –uno sólo, una tristeza única- esa generación, decía, actualiza el desconcierto y el horror. Son los bárbaros⁸. Antes que una clase peligrosa que viene a quitarnos nuestros privilegios y nuestro patrimonio son los bárbaros que vienen a confrontarnos con nuestros fracasos y con el fracaso de una cultura que hizo de la ciencia, virtud, y gloria, de la prosperidad. Mientras reactualizan nuestros prejuicios y el terror (el que, entre otros, supimos conseguir en los años de plomo) ellos se conforman

⁶ Los teléfonos celulares fueron los verdaderos protagonistas del atentado de Atocha el 11 de marzo de 2004 que decidió el brusco cambio en las elecciones.

En junio del 2008 Cumbio, una blogger masculinizada, logró convocar a 5.000 jóvenes mientras los diarios Clarín, Nación y otros más sólo reunieron a 7.000 personas en Plaza de Mayo bajo la consigna muy de moda de la “inseguridad”.

⁷ Grandes Shoppings

⁸ Por alguna razón son varios los autores dedicados al tema que apelan a la categoría de “bárbaros” para aludir a las culturas juveniles. Baricco, Alejandro: *Los bárbaros, Ensayos sobre la mutación*. Anagrama, Editorial. Barcelona (2008). Maffesoli, Michel: *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*. Icaria. Barcelona. (1990)

con permanecer sosteniendo un desencanto cínico con respecto a la sociedad. Cuestionan el sistema, libres de encendidos discursos y de indignados panfletos nos hacen saber sin entusiasmo alguno -con humor a veces; con cierta ironía, otras; con violencias gratuitas a menudo- su desacuerdo con el orden instituido. Frente a la complejidad creciente del contexto actual ellos se refugian en operaciones semánticas y pragmáticas fundadas en un universo de valores simples; valores poco sutiles, pero superficialmente estables y duraderos.

Al sentido burocrático de los lazos familiares y educativos les oponen la pertenencia al grupo y los afectos comunitarios; a las carreras profesionales y las identidades convalidadas les oponen perfiles fijos, estereotipados y, por sobre todo, fácilmente codificables; perfiles mediante los cuales puedan ser conocidos y reconocidos. Son los nuevos bárbaros: primitivos, emotivos, simples, violentos, a veces; tercos, siempre. Eligen el contacto directo, el frente a frente, para combinarlo con otro tipo de conexiones mediatizadas a través de la pantalla o el monitor; se inscriben en filiaciones fijas y circulan por el espacio público como en un interminable Carnaval de Venecia. Aunque, tal vez, hay que decirlo, esa homologación, esa estabilidad, es más mítica que real y las pertenencias efímeras, la mixtura neobarroca de rasgos de identificación, ese sincretismo *new age* ("yo soy gothic-lolita-coldsplayer" me decía una piba) es más frecuente que la pertenencia única consignada en las investigaciones académicas y registrada por los medios⁹.

⁹ El devenir y la errancia de los sujetos a una "tribu", el nomadismo de los jóvenes marginales, construye territorios, tramas y plexos que, a veces, se anudan en veredas, otras en baldíos, en barrios y zaguanes. Un mismo sujeto puede participar en diferentes redes: circula, transita, entra y sale de algunas, elude otras y hasta puede incluirse en espacios totalmente "normales" y convencionales. Volnovich, Juan Carlos: *Los que viven al margen de la sociedad civil*. En Dabas Elina; Najmanovich, Dense: *Redes, el lenguaje de los vínculos*. Paidós. Buenos Aires. (1995)

Tal parecería ser que esa generación dispuesta a cantar presente en este mundo se ofrece, generosa, como mercancía para convertirse en producto de consumo. No obstante, frente al peligro que esa multiplicidad encarna, los medios de comunicación y las y los especialistas cumplen su función: tienden a tipificarlos, a encasillarlos, a etiquetarlos para someterlos a la piadosa comprensión del público, a la ineludible asistencia y ayuda. Y es, entonces, cuando la tentación por la nominación, la pasión por la nomenclatura refuerza, insensible, la hiperproducción de un sistema clasificatorio, de un listado de “riesgos”, destinado a capturar los movimientos pulsionales, a neutralizar las vibraciones paganas que alientan a estas “tribus”, congelándolas en el lugar de “violentos”, de “desertores escolares”, de “drogadictos”, de “delinquentes”, de “prostitutas”, etc. Por que así, cristalizados, coagulados en un rasgo identitario que los ubica en una porción acotada del universo simbólico, se nos hacen menos amenazantes. Todo, para atenuar el temor ante esas formas de trasgresión que, sospechamos, no se agota en la respuesta desordenada a la legalidad hegemónica; no se clausura en la espectacularidad de su presentación. Hay algo perturbador en el devenir de esos grupos de pibas y de pibes que va más allá del puro desorden; hay algo de un deseo productivo social que circula por allí -líneas de fuga deseantes- y, lo más seguro, es que las oposiciones bipolares: normal-patológico, trabajadores-desocupados, estudiantes-desertores, integrados-excluidos, incorporados-alternativos no logran abarcar ni la plenitud de la energía que allí está en juego, ni el vacío social que los alberga. (Reguillo Cruz, 2000)

Pese a la fascistización jerárquica que inunda las barras, las patotas, las pandillas, las tribus, estos modos de organización y de re-territorialización cobijan la desmesura de una potencia incapturable que hace peligrar la integridad y la perpetuación del Sistema de

ligaduras sociales tal cual como está instituido. La voluptuosidad de estas subculturas desborda con su desmesura la confiscación molar¹⁰ que las amenaza.

Las barras, las “tribus urbanas”¹¹, las manadas de adolescentes no son nuevas ni es tan reciente el interés mediático y académico que las tiene como destinatarias. Lo novedoso, en todo caso, es la figura que adopta en el imaginario social. Ante el colapso subjetivo producido por la catástrofe financiera y política del neoliberalismo; ante el terror a un “aluvión zoológico” que aprovechando la “crisis” viniera a expropiarle las pertenencias a la “gente decente”, los adolescentes se nos aparecen como manifestación posmoderna, versión *light* de un lumpen proletariado peligroso, desafiante y molesto.

La reacción ante los adolescentes es muy elocuente. Si de los sectores más conservadores se trata, el “problema” se resuelve de manera simple y contundente: habría que hacerlas desaparecer o, si acaso, tomar a sus integrantes, uno a uno, y lavarlos y peinarlos, ordenarlos y ponerlos a estudiar y a trabajar para que, algún día, lleguen a ser “hombres y mujeres de bien”. Esto es, para que aspiren a llevar al mundo al borde del precipicio como lo han hecho los que hasta ahora han tomado ese camino.

¹⁰ Molar: para el Esquizoanálisis (Deleuze y Guattari) se opone a “molecular” y alude a la conservación y control de la energía.

¹¹ Fue Maffesoli (1990) quién instaló el término, pero la reflexión acerca de las subculturas juveniles agrupadas en bandas, patotas, pandillas, clanes, etc, lo antecede y lo desborda.

Si de la clase media progresista se trata¹², la correcta política se basa en el respeto: clasificarlos (al estilo de la taxonomía de Linneo), contemplarlos como animales de zoológico neutralizados e inofensivos en la medida que no se escapen de la jaula que los contiene.

Pero el caso es que no estamos ante una clase peligrosa que viene a quitarnos nuestros privilegios y nuestro patrimonio; estamos frente a los bárbaros; los que vienen a confrontarnos con nuestros fracasos y con el fracaso de una cultura que hizo de la ciencia, virtud, y gloria, del progreso. Aquellos, que tal como referí en capítulos precedentes, Baricco (2006) llamó los “bárbaros” por el desprecio que les dirigen a los valores más altos de la cultura burguesa; “bárbaros” por la impertinencia hacia los mejores atributos del conocimiento; “bárbaros” por el rechazo al saber que ponemos a su disposición; “barbaros” porque nos obligan a reflexionar acerca del sentido de nuestro patrimonio.

En realidad, esos nativos digitales, esas pibas y esos pibes desconfían de la información que queremos transmitirles; si son poco receptivos es porque sospechan que ese conocimiento y ese sistema axiomático que les ofrecemos no es ajeno a la catástrofe que les toca vivir. Y, lo que no les perdonamos es que, con su irreverencia, nos hagan saber que nuestra gloria de burgueses cultos y civilizados generó, permitió –o, al menos, no logró impedir– las peores calamidades que sufrió la humanidad (desde Auschwitz a Hiroshima; desde la ESMA al consenso que toleró la instalación del neoliberalismo entre nosotros, por mencionar sólo algunos); gloria de burgueses que produjo una generación sufrida, castigada y

¹² La medioclase progre de hoy, sabemos, es extremista de centro y fundamentalista de la moderación” dice Eduardo Grüner en *la muerte: una pena*.

maltratada a la que sólo le queda refugiarse allí: en la oscuridad de un cyber, en la precariedad de un estigma (un tatuaje, un piercing, una cicatriz), la precariedad de un estigma elevado a emblema.

Entonces, si comencé afirmando que hasta ahora “los riesgos adolescentes” habían sido el argumento fundamental de la producción sobre el tema, terminaré recordando que, en contraste con los jóvenes de generaciones anteriores, la actual es la primera generación que, para lograr su independencia, cuenta con la dependencia de las nuevas tecnologías. Jeroen Boschma e Inez Groen han impuesto la categoría de Generación Einstein para aludir a quienes nacieron a partir de 1988. Estos autores esgrimen sobrados argumentos para fundamentar el respeto y la admiración que les despiertan los jóvenes contemporáneos: pibes y pibas que conocen como nadie las reglas del marketing, que leen la prensa como periodistas, que miran películas como semiólogos, que analizan anuncios como verdaderos publicistas, que siguen sin dificultad alguna la complejidad de Dr House y de Lost; jóvenes que se despliegan en un universo simbólico donde sus padres y los adultos que los rodean -inmigrantes digitales- no entran más que para balbucear torpemente; más rápidos, más inteligentes, más sociables se mueven como pez en el agua en el cyberespacio sin pedir permiso a los mayores; son los dueños absolutos del futuro.

Capítulo 7

Jóvenes cultos: celular, monitor, teclado y mouse

Digámoslo de entrada. El saber digital tiene un lugar protagónico en la cibercultura. De modo tal que el dominio instrumental --los recursos que nos permiten navegar por las nuevas carreteras informáticas-- es factor definitivo a la hora de proyectar nuestra inclusión social. Dicho de otra manera: quienes están familiarizados con las máquinas tienen una ventaja comparativa con respecto a aquellos que cultivan una erudición tradicional. Y ocurre que -contra todo sentido común y opinión generalizada (independientemente del concepto de cultura que manejemos)- son los y las jóvenes los más cultos, los mejor posicionados.

Las nuevas tecnologías han llegado para ahondar el abismo que separa a chicos de grandes. Pero, además, aportan un efecto democratizador entre generaciones -todavía está por verse si ocurre lo mismo entre los géneros- basado en el poder de equilibrar las desigualdades tradicionales que se apoyan en la siguiente convicción: los grandes poseen un patrimonio cultural que deben transmitir a los chicos. Pues bien, ocurre que, hoy en día, una multitud de padres y maestros se ven descolocados y desconcertados ante una no menos numerosa población de pibes y de pibas que ya saben --y, muy bien-- lo que los adultos les quienes enseñar.

Con esta afirmación no pretendo contribuir a idealizar el saber digital de las nuevas generaciones. Tampoco, llevar agua para el molino apocalíptico que anuncia el fin de la cultura verdadera -la cultura tradicional- pero sí, alertar contra la campaña que tiende a descartar la gramática que circula por el correo electrónico, a denostar el lenguaje de los mensajes de texto, a denigrar la práctica del chateo y, mucho más, a concebir los videojuegos como dispositivos destinados a perjudicar la inteligencia de los pibes y a marginarlos del conocimiento que da el estudio. Los pibes y las pibas de hoy en día son nativos digitales allí donde los adultos somos inmigrantes digitales. De modo tal que todo aquello que pueda decirse sobre el impacto que las nuevas tecnologías tienen en la subjetividad de la época -en la medida que predominantemente es discurso de adultos (discurso de adultas inmigrantes)- está viciado por las relaciones de poder que la pertenencia a distintas generaciones decide y por las desigualdades que las diferencias entre los géneros suponen.

Así es que las pibas cultas y los pibes cultos de la era digital circulan a toda velocidad por las carreteras informáticas. Se desplazan aceleradamente por el ciberespacio y son capaces de prestar atención a varias cosas al mismo tiempo. Chatean con la computadora; estudian en el libro lo que reclama la escuela; por la radio escuchan el relato del partido de fútbol que están viendo en el televisor; envían fotos por el celular al tiempo que hablan por teléfono con la novia. Todo, simultáneamente. Viven hiperconectados con una multitud de “amigos” y de “amigas” a las que tal vez nunca vieron y jamás verán (antes que relaciones son contactos) pero a quienes son capaces de contarles intimidades que ni por lejos confiarían a su psicoanalista. Estos nativos digitales -- *multitasking* y multimedia— se saben los infinitos, cambiantes nombres y los rasgos de parentescos de los Pokémon pero son incapaces de recordar el nombre de las Provincias Argentinas.

Combinan como nadie el hipertexto gráfico y textual; nadan como pez en el agua cuando de la red se trata; son maestros en el arte de tomar decisiones con información incompleta, de vencer obstáculos con pocos datos para poder avanzar en la dirección correcta sin saber lo que está pasando. ¿Piensan? No. Seguramente no puede llamarse pensamiento (por lo menos en el sentido convencional que hasta ahora vinimos repitiendo de pensamiento-acción) a la eficacia operatoria que despliegan, pero eso que hacen y que no saben explicar como lo hacen, les sirve para resolver problemas complejos. No piensan (en el sentido convencional del término) pero navegan el hipertexto generando operaciones con las que habitan y vuelven habitable la catarata indetenible de la información. Y, además, son capaces de transformar la información en conocimiento.

Bibliografía

- Adorno, T. (1993) *Sobre sujeto y objeto Consignas*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Arendt, H. (1972). *Du mensonge a la violence*. París. Calman Levy.
- Badiou, A. (1993). "¿Es el amor el lugar de un amor sexuado?". En *El ejercicio del saber y la diferencia de los sexos*. Buenos Aires. Ediciones de la Flor.
- Baricco, A. (2006 y 2008). *Los bárbaros, Ensayos sobre la mutación*. Barcelona. Anagrama, Editorial.
- Bettetini, G. (1990). *Por un establecimiento semio-pragmático del concepto de simulación*, en AAVV *Video culturas de fin de siglo* Madrid. Cátedra.
- Campo, A. (1957). La interpretación y la acción en psicoanálisis de niños. 1957:1-2. Buenos Aires. *Revista de Psicoanálisis*.
- Corea, C. y Lewkowicz, I. (2004) *Pedagogía del Aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Buenos Aires. Paidós Educador.
- Chodorow, N. (2012) *Individualizing Gender and Sexuality: Theory and Practice*. New York. Routledge.
- Deleuze, G y Guattari, F. (1973). *El Antiedipo*. Capitalismo y Esquizofrenia. Barcelona. Barral Editores.
- Deleuze, G y Guattari, F. (1974). *Comment se faire un corps sans organes?* París. Minuit, No10.
- Derrida, J; Dufourmantelle, A. (2000) *La hospitalidad*. Buenos Aires. Editorial. De la flor.

- Dufour, D.R (2007^a) El carácter incompleto del Otro. En: *El arte de reducir cabezas. Sobre la servidumbre del hombre liberado en la era del capitalismo global*. Buenos Aires. Paidós.
- Dufour, Dany-R. (2007b). *El arte de reducir cabezas. Sobre la servidumbre del hombre liberado en la era del capitalismo total*. Buenos Aires. Paidós.
- Dufour, Dany-Robert: (2007c) ¿El Mercado será el nuevo gran Sujeto? En: *El arte de reducir cabezas. Sobre la servidumbre del hombre liberado en la era del capitalismo global*. Buenos Aires. Paidós.
- Grüner, E. (2009). *La muerte: una pena*. Página 12 <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-121353-2009-03-12.html>
- Ferreiro, E. (1997). Los niños de América Latina y la lengua de alfabetización. En *Alfabetización ; teoría y práctica*. México. Siglo XXI.
- Ferreiro, E. y Volnovich, J.C. (1981). *Supuestos cognoscitivos en psicoterapia psicoanalítica de niños*. en *Problemas de la interpretación en Psicoanálisis de niños*. Barcelona. Gedisa.
- Freud, S (1970). *The letters of Sigmund Freud and Arnold Zweig*. New York University Press. N.Y.
- Freud, S. Jones, E (1993). *The complete correspondence of S. Freud and Jones, E. 1908-1939*. Londres. Harvard University Press.
- García Reinoso, D. (1997). *Juego, creación, ilusión*, en: *La problemática del síntoma*. Buenos Aires. Paidós.
- Goffman, E. (1974). *Asilos. Ensayos sobre la condición social de los enfermos mentales*. Paris. Ed. de Minuit.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (1985). *Micropolíticas. Cartografía del deseo*. Vozes. Sao Paulo.

- Homburger, E. (1948-49). *Configuraciones en el Juego* Buenos Aires. Revista de Psicoanálisis.
- Jacoby, R. (1986). "¡Mirá como tiemblo!". Crisis. Octubre y Noviembre de 1986
- Jones, E. (1962). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Buenos Aires Editorial Nova.
- Le Breton, D. y Ulriksen de Viñar, M. (2003) (comp.): *Adolescencia bajo riesgos*. Trilce. Montevideo.
- Maffesoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*. Barcelona. Icaria.
- Mannoni, O. (1997) *La otra escena. Claves de lo imaginario*. Buenos Aires. Amorrortu.
- McLanahan, S.; Sandefur, G. (1994). *Growing Up with a Single Parent. What hurt, what help*. Harvard University Press.
- Perlongher, N. (1994). *Territórios Marginais*. En Saúd e Loucura. Sao Paulo. Ed. Hucitec.
- Piscitelli, A. (2009). *Nativos Digitales: Dieta cognitiva, Inteligencia colectiva y Arquitectura de participación*. Buenos Aires. Aula XXI. Santillan.
- Reguillo Cruz, R. (2000) *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires. Norma.
- Robin, R. (2012). *La memoria saturada*. Buenos Aires. Waldhunter.
- Segato Rita (2020). Entrevista a Rita Segato en la nación <https://noticias.unsam.edu.ar/2020/09/08/entrevista-a-rita-segato-en-la-nacion-2/>
- Squire, K. (2011) *Video Games and Learning: Teaching and Participatory Culture in the Digital Age (Technology, Education--Connections)*. Teachers College Press. Columbia University. N.Y. 2011.

- Squire, K. (2011) Videojuegos y aprendizaje: enseñanza y cultura participativa en la era digital. Editorial: Teachers College Press
- Turkle, S. (1979). *La vida en la pantalla. La construcción de la identidad en la era de Internet*. Barcelona. Paidós.
- Virilio, P. (2000). *La inseguridad del territorio*. Buenos Aires. Asunto Impreso.
- Volnovich, J.C. (1995). *Los que viven al margen de la sociedad civil*. En Dabas Elina; Najmanovich, Dense: *Redes, el lenguaje de los vínculos*. Buenos Aires. Paidós.

En este libro desde un enfoque psicoanalítico geopolíticamente situado, con coherencia epistemológica transdisciplinaria, el autor pone en relación Derechos Humanos, promoción de movimientos inclusivos de las diversidades y despatologización de la vida cotidiana.

Entre rescates del pasado y vicisitudes presentes, se analiza con profundidad los amplios márgenes de la exclusión en el tránsito de la humanidad por los complejos y desbastadores entramados capitalistas de un mundo globalizado.

Con su agudeza, logra embarcarnos en un viaje por diferentes envolturas temporo espaciales con sus concomitantes abanicos de relacionalidad, discontinuidades y rupturas.

